La gloria moral del Señor Jesucristo

Breve meditación

John Gifford BELLETT

biblicom.org

Índice

1 - Introducción **3**

2 - Glorias personales y oficiales ocultas **3**
2.1 - Saber humillarse 6
2.2 - Extranjero, pero muy cercano a las necesidades 7
2.3 - Conjunto insondable de glorias morales 11
2.4 - En el mundo, pero no del mundo 12
2.5 - Dulzura según Dios (sin miel en los sacrificios) 14
2.6 - Un tiempo para conservar, un tiempo para desechar (Ecl. 3:6) 17
2.7 - Juicio justo, no según las apariencias 19
2.8 - El gozo por la conversión de los pecadores 21
2.9 - Fidelidad a pesar de la confusión 23
2.10 - Pobre, pero que enriquece a muchos 25
2.11 - Una palabra de gracia sazonada con sal; una palabra oportuna . . . 26
2.12 - A veces despreciado, rechazado, en la debilidad 27
2.13 - Prestando sin esperar nada a cambio 29
2.14 - Respondiendo a la fe 29
2.15 - Nunca cansado ni vencido por el mal 30
2.16 - «El Mismo» a pesar de las ruinas 32
2.17 - Comunicando Su paz, Su vida 34
2.18 - Dando sin cesar, aprobando rara vez 38
2.19 - Incomprendido por unos 41
2.20 - Luz resplandeciente 42
2.21 - El ministerio del Señor en su relación con Dios 44
2.22 - El ministerio del Señor en su relación con Satanás 46
2.23 - El ministerio del Señor en su relación con el hombre 47

3 - Conclusión **50**
3.1 - Ahora el Hijo del hombre está glorificado y Dios está glorificado en él 50
3.2 - La manifestación de la gloria moral debe preceder al reino 54
3.3 - Meditación sobre las glorias de Cristo y el culto práctico 55

> «Cuando alguna persona ofreciere oblación a Jehová, su ofrenda será flor de harina, sobre la cual echará aceite, y pondrá sobre ella incienso, y la traerá a los sacerdotes, hijos de Aarón; y de ello tomará el sacerdote su puño lleno de la flor de harina y del aceite, con todo el incienso, y lo hará arder sobre el altar para memorial; ofrenda encendida es, de olor grato a Jehová» (Lev. 2:1-2).

1 - Introducción

El tema de esta meditación es la gloria moral, es decir, el carácter, del Señor Jesús. Todo en él ascendía hacia Dios como un sacrificio de agradable olor. Cada una de las manifestaciones de lo que era en sí mismo, fuera cual fuera, incluso la más insignificante, y a cualquier circunstancia que se refiriera, todo era un olor de incienso. En él, pero solo en él, el hombre fue reconciliado con Dios. En él, Dios volvió a encontrar su beneplácito en el hombre, y ello con una ganancia inexpresable; pues en Jesús, el hombre es más querido para Dios de lo que lo habría sido en una eternidad de inocencia adánica.

Pero en esta meditación sobre la gloria moral del Señor Jesús, sin duda solo he logrado captar una parte muy pequeña de este admirable tema. No obstante, espero poder despertar en otras almas pensamientos provechosos, y eso será un bien.

Es de la *persona* del Señor, Dios y hombre en un solo Cristo, de la que deseo ocuparme. Hablaré también de su *obra*, de ese servicio de dolores o de esa efusión de sangre hecha en la cruz, mediante la cual se lleva a cabo la reconciliación y donde se predica para la aceptación y el gozo de la fe.

2 - Glorias personales y oficiales ocultas

La gloria moral que no se puede ocultar – La gloria moral: una combinación de virtudes

Las glorias del Señor Jesús son de 3 naturalezas diferentes: son personales, oficiales y morales. Jesús ocultaba su gloria personal, salvo allí donde la fe sabía descubrirla y donde la necesidad del momento lo exigía. También ocultaba su gloria oficial: no iba de un lugar a otro como el Hijo de Dios que viene del seno del Padre, ni como

el hijo de David en su autoridad real. Esas glorias solían permanecer ocultas mientras él atravesaba, día tras día, las diversas circunstancias de la vida. Pero su gloria moral no podía ocultarse: Jesús no podía ser sino perfecto en todo; ese carácter le pertenecía, es eso lo que era. Su propia excelencia hacía que esa gloria resultara demasiado resplandeciente para la mirada del hombre; y el hombre se veía continuamente absolutamente cautivado por ella. Pero resplandecía, pudiera el hombre soportarla o no; y ahora ilumina cada una de las páginas de los 4 Evangelios, como iluminó en su día cada uno de los caminos por los que el Señor anduvo en la tierra.

Se ha dicho del Señor Jesús que "su humanidad fue perfectamente natural en su desarrollo". Esta observación es muy bella y cierta. El capítulo 2 de Lucas lo confirmaría si fuera necesario. En Jesús no había ningún progreso que no fuera natural: su crecimiento era regular en todos los aspectos; su sabiduría avanzaba al mismo ritmo que su estatura y su edad; primero fue niño, luego hombre. Como hombre (el hombre de Dios en el mundo), dará testimonio ante el mundo de que las obras de este son malas, y será odiado por el mundo; pero como niño (un niño según el corazón de Dios), se someterá a sus padres y a la Ley, y lo hará como alguien perfecto. En tales condiciones, Jesús iba ganando el favor de Dios y de los hombres.

Pero, aunque en él hubiera un *progreso*, como vemos, no había, sin embargo, ninguna oscuridad, ninguna mala inclinación, ningún error: en esto, se diferencia de todos. Se dice de María que guardaba en su interior las cosas que se habían dicho acerca de Jesús y que las meditaba en su corazón; sin embargo, las nubes, la confusión e incluso las tinieblas asediaron su espíritu, y el Señor tuvo que decirle: «¿Por qué me buscabais?» (Lucas 2:49). En cambio, en Jesús, el progreso no era más que una única y misma forma de belleza moral; su crecimiento era regular y siempre tal y como debía ser; y puedo añadir que, al igual que su humanidad era perfectamente natural en su desarrollo, también su carácter era enteramente humano en sus manifestaciones: todo lo que lo revelaba era común al ser humano.

Era el árbol plantado junto a corrientes de agua, que da su fruto en su temporada (Sal. 1); y todas las cosas solo son bellas en su temporada. La gloria moral del niño Jesús resplandece en su momento y en su generación; y cuando se hizo hombre, esa misma gloria no hizo más que mostrarse bajo otros aspectos. Jesús sabía cuándo había que reconocer los derechos de su madre, cuando ella los hacía valer; cuándo había que resistirse a ellos, aunque ella los reivindicara; cuándo había que responder a ellos, aunque no fueran reclamados (Lucas 2:51; 8:21; Juan 19:27). Y a medida que avanzamos, siguiendo las huellas de Jesús, ocurre lo mismo. Conoció Getsemaní en su momento o según su verdadero carácter, al igual que conoció el monte Santo en

su momento: momentos de invierno o de verano para su alma. Conoció el pozo de Sicar y el camino que le llevaba a Jerusalén por última vez. Recorrió cada sendero y, en cada uno de los lugares por los que pasó, se encontraba con un pensamiento que concordaba con el carácter que tenían a los ojos de Dios. –Lo mismo ocurrió en las ocasiones que exigían aún más fuerza moral. Cuando se trata de la profanación de la Casa de su Padre, la palabra del profeta se cumple en él: «El celo de tu casa me consume» (Juan 2:17); si se trata de un insulto dirigido a él mismo por unos aldeanos samaritanos, lo soporta todo y pasa de largo.

Todo era perfecto, tanto en la *combinación* como en el *momento*. Jesús lloró cuando llegó ante el sepulcro de Lázaro, aunque sabía que llevaba en sí mismo la vida para aquel que había muerto. Él, que acababa de decir: «Yo soy la resurrección y la vida», lloró (Juan 11:25, 35). El poder divino permitía que las simpatías humanas siguieran libremente su curso.

Es la unión o combinación de las virtudes lo que constituye la gloria moral. Jesús sabía, según la expresión del apóstol, estar en la abundancia y estar rebajado; sabía aprovechar los momentos de prosperidad, si es que pueden llamarse así, como momentos de humillación; pues, durante su paso por la vida, aprendió a conocer tanto unos como otros.

Así, durante la transfiguración, fue introducido por un momento en la gloria, y fue una hora radiante; allí se presentó con los honores que le corresponden. Como el sol, fuente de toda luz, resplandecía, y personajes eminentes como Moisés y Elías estaban allí, envueltos en su gloria y resplandeciendo con él. Pero cuando descendió de la montaña, ordenó a quienes habían sido «testigos visuales de su majestad» que no contaran a nadie lo que habían visto. Y al llegar a la llanura, y mientras el pueblo acudía corriendo a saludarle (Marcos 9:15; 2 Pe. 1:16), –su persona reflejaba sin duda aún, aunque débilmente, la gloria en la que acababa de encontrarse– no se detuvo para recibir el homenaje de la multitud, sino que reanudó de inmediato su servicio habitual; pues sabía tener «abundancia». La prosperidad no le enorgullecía. No buscaba un lugar entre los hombres, sino que sí mismo se negaba, sí mismo se anonadaba y ocultaba su gloria para no ser más que un siervo.

Lo mismo ocurrió en otra ocasión, tras su resurrección, tal y como nos cuenta el capítulo 20 de Juan. Allí lo vemos en medio de sus discípulos, revestido de una gloria tal que ningún hombre había poseído jamás, ni siquiera vislumbrado algo semejante. Está allí como el vencedor de la muerte, el destructor de la tumba. Y, sin embargo, aunque poseía esas glorias excelentes, no había venido a recibir los

homenajes de su pueblo, como haría naturalmente alguien que se encontrara en medio de sus amigos y su familia, tras el cansancio, el peligro y la victoria. Jesús, sin embargo, no era indiferente a la simpatía; la buscaba en el momento oportuno y sentía su ausencia cuando no la encontraba. Pero ahora, resucitado de entre los muertos, se encuentra en medio de sus discípulos más como un visitante de un día que como un triunfador; y les habla más bien de sus propios intereses que de lo que le concierne a él mismo, en las grandes cosas que acaban de cumplirse.

Era, en efecto, hacer uso de una victoria, como hizo Abraham con la que obtuvo sobre los reyes aliados; y saber hacerlo así es algo más difícil, según se dice, que vencer. Era saber «vivir en la abundancia», «estar saciado» (Fil. 4:12).

2.1 - Saber humillarse

Humillación voluntaria

Pero Jesús también sabía "rebajarse". Miradlo ante los habitantes de Samaria en el capítulo 9 de Lucas. Desde el principio de esta escena, consciente de su gloria personal, anticipa el momento de su resurrección y, como un hombre que quiere dar a conocer que se acerca un personaje distinguido, envía mensajeros por delante de él. Pero la incredulidad de los samaritanos cambia la situación. No quieren recibirlo. Se niegan a abrir un camino ante los pasos del Señor de gloria, y le obligan a buscar por sí mismo el mejor camino que pudiera encontrar como hombre *rechazado*; y acepta de inmediato ese lugar, sin que se levante ni un murmullo en su corazón. Vuelve a ser el nazareno (vean Mat. 2), al verse rechazado como el betlehemita; y asume ese nuevo carácter alejándose de la aldea samaritana, con la misma perfección con la que había querido llegar allí.

Así, Jesús sabía cómo "rebajarse". Lo volvemos a encontrar en circunstancias similares en el capítulo 21 del mismo Evangelio. Jesús entra en Jerusalén como el hijo de David; todo lo que pudiera resaltarlo en esa gloriosa condición, lo rodea y lo acompaña. Entonces aparece en su gloria terrenal tal y como había estado en su gloria celestial en el monte Santo. Esa gloria le pertenecía por derecho, y cuando la ocasión lo requiere, sabe lucirla. Pero la incredulidad de Jerusalén, al igual que antes la de Samaria, vuelve a transformar la escena, y Aquel que había hecho su entrada en la ciudad como su rey se ve obligado a salir de ella para buscarse un lugar donde pasar la noche. Y allí, Jesús se encuentra fuera de Jerusalén, tal y como se había encontrado fuera de Samaria, "sabiendo rebajarse".

¡Qué perfección! Si las tinieblas no comprenden la luz de la gloria personal u oficial de Cristo, su gloria moral resplandece con mayor intensidad. Pues no hay nada más bello, como principio moral o como carácter, que esa humildad voluntaria en medio de los hombres, con esa conciencia de gloria intrínseca ante Dios. Tenemos ejemplos notables de ello en las vidas de algunos santos. Abraham fue voluntariamente un extranjero entre los cananeos todos los días de su vida, sin poseer ni un palmo de tierra, ni buscar poseerla; pero sabía, en su momento, situarse por encima incluso de los reyes, consciente de su dignidad ante Dios, según el consejo del propio Dios. Jacob habla de su peregrinaje, de sus días que han sido cortos y malos, humillándose ante la opinión del mundo; pero, al mismo tiempo, da su bendición al hombre que entonces era el más grande de la tierra, sabiendo que, ante Dios, «el más excelente» de los 2 era él (vean Gén. 47:8-10). David pide un pan, y lo pide sin vergüenza; al mismo tiempo, acepta el homenaje debido a un rey, y recibe el tributo de sus súbditos en la persona de Abigail. Pablo está encadenado; es prisionero en el palacio del gobernador y habla de sus cadenas; sin embargo, al mismo tiempo, hace saber a toda la corte y a todas las personalidades del mundo romano, reunidas a su alrededor, que, entre todos ellos, él se sabe el hombre bendito, el único hombre feliz.

Es esta unión de humildad voluntaria ante los hombres y de conciencia de la gloria ante Dios la que alcanza en nuestro Señor su manifestación más elevada, la más resplandeciente, ¡qué digo!, su manifestación perfecta. Y en esta capacidad de saber «vivir en la abundancia» y de saber "rebajarse", de saber «estar saciado» y saber «tener privaciones», hay una belleza más, pues nos dice que el corazón de quien ha aprendido esta lección se preocupa más por el *objetivo* del viaje que por el *viaje en sí mismo*. Si nuestro corazón se aferra al viaje, no nos gustarán esos obstáculos y esas dificultades, esos lugares inhóspitos y esos terrenos escarpados; pero si miramos hacia el objetivo, esas cosas nos preocuparán poco. Esta es, sin duda, una lección secreta para muchos de nosotros.

2.2 - Extranjero, pero muy cercano a las necesidades

Pero hay otros detalles en el carácter del Señor que deben llamar nuestra atención. "Ningún hombre poseía más gracia ni era más accesible", dijo alguien de él. "En su forma de ser se aprecia una dulzura y una bondad que nunca se encuentran en los hombres, y, sin embargo, siempre se siente que era un *forastero* en la tierra". Era un «*forastero*» aquí –un extranjero, en la medida en que *el hombre rebelde* dominaba la escena, pero que se acercaba mucho tan pronto como *el sufrimiento o la necesidad*

lo exigían. Tanto la distancia que mantenía como la cercanía con la que se mostraba eran perfectas. Hacía más que limitarse a observar la miseria que le rodeaba: participaba en ella con una simpatía que brotaba íntegramente de Él mismo; y hacía más que rechazar la corrupción que le rodeaba: mantenía la separación de la santidad misma de cualquier contacto con el mal o cualquier mancilla.

Contempladlo, manifestando esa combinación de distancia y cercanía en el capítulo 6 de Marcos. Es una escena conmovedora: los discípulos han regresado junto a él tras un largo día de servicio; él se interesa por ellos; se compadece de su cansancio; se ocupa de ellos y les atiende de inmediato diciéndoles: «Venid vosotros aparte a un lugar desierto, y descansad un poco» (v. 31). Pero como las multitudes le han seguido, se vuelve hacia ellas con el mismo amor; se da cuenta de su situación y, tras ocuparse de ellas como de ovejas que no tienen pastor, comienza a enseñarlas. En todo esto, vemos a Jesús acudir adelante de las diversas necesidades que se presentan a su alrededor; ya sea el cansancio de los discípulos o el hambre y la ignorancia de la multitud, él está ahí para atenderlas.

Pero los discípulos, descontentos con la atención que Jesús presta a las multitudes, le instan a que las despida; sin embargo, el corazón del Señor está lleno de otros pensamientos, y en ese mismo instante se crea entre él y sus discípulos una distancia que se hace patente, poco después, con la orden que les da de subir a la barca y vayan por delante de él a la otra orilla, mientras él despide a las multitudes. Esta separación no hace más que provocar una nueva inquietud entre los discípulos. Los vientos y las olas se les oponen en el lago, pero en su angustia, Jesús vuelve a estar junto a ellos para socorrerlos y tranquilizarlos.

¡Qué armonía en la combinación de la santidad y la gracia! Jesús está cerca de nosotros cuando estamos cansados, cuando tenemos hambre, cuando estamos en peligro; pero se mantiene alejado de nuestras inclinaciones naturales y de nuestro egoísmo. Su santidad hizo de él un forastero en un mundo mancillado; su gracia lo mantuvo siempre activo en un mundo que sufría y era miserable. La vida del Salvador se pone así de manifiesto bajo un aspecto notable de gloria moral, ya que, al verse obligado a mantenerse al margen por la naturaleza del ámbito en el que se movía, la miseria y la aflicción que allí reinaban le impulsaban sin cesar a actuar. Y esta actividad se ejercía hacia todo tipo de personas, por lo que tenía que adoptar todo tipo de formas. Cristo se enfrentaba a adversarios, al pueblo, a un grupo de discípulos (los doce), a hombres a título individual, y todos ellos le mantenían en una actividad no solo continua, sino extremadamente variada; y tenía que saber (y sin duda lo sabía perfectamente) cómo debía responder a cada uno.

Además de todo ello, le vemos, en ciertas ocasiones, sentado *a la mesa* de los demás; pero es solo para mostrarnos nuevos rasgos de su perfección. En la mesa de los fariseos, donde se encuentra a veces, no adopta ni aprueba la escena familiar: pero, invitado en la condición que ya había adquirido y mantenido en público, está allí para actuar de acuerdo con esa condición. No es simplemente un comensal, que disfruta de la cortesía y de la hospitalidad del dueño de la casa, sino que ha venido en su propia condición y, por consiguiente, puede enseñar o reprender. Él es siempre la luz y actúa como la Luz, y así pone de manifiesto las tinieblas en el interior de la casa, tal y como había hecho en el exterior (vean Lucas 7:11).

Sin embargo, si Jesús entraba a menudo en la casa del fariseo como *maestro*, y si, actuando como tal, reprendía el estado de las cosas que allí encontraba, era como *Salvador* como entraba en la casa del publicano. Leví le ofreció un banquete en su casa y sentó a su mesa a cobradores de impuestos y pecadores. A los líderes religiosos, naturalmente, les pareció mal; entonces Jesús se revela como Salvador diciéndoles: «Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. Id, pues, y aprended qué significa: «Deseo misericordia, y no sacrificio»; porque no vine a llamar a justos, sino a pecadores» (Mat. 9:12-13). Palabras sencillas, pero impactantes y llenas de significado. Simón el fariseo desaprobaba que una pecadora entrara en su casa y se acercara a Jesús; el publicano Leví reunió a personas como aquella mujer para que fueran comensales del Señor Jesús; y, en consecuencia, este actúa en el caso de uno como un censor, mientras que en el otro se muestra en las riquezas de la gracia de un Salvador.

Pero Jesús se sienta también en otras mesas. Sigámosle a Jericó y a Emaús (vean Lucas 19 y 24). Fueron los deseos del corazón los que le acogieron en cada una de esas ocasiones, deseos despertados, sin embargo, bajo influencias diferentes. Zaqueo no había sido hasta entonces más que un pecador, un "hombre natural", corrupto, como sabemos, en sus motivos y en su actuar. Pero en ese preciso momento se encontraba bajo la acción del Padre, y Jesús se convertía en el objeto de su alma. Deseaba verlo y, como su deseo era ardiente, se abrió paso entre la multitud y se subió a un sicómoro para intentar divisar a Jesús al pasar. El Señor lo vio y, de inmediato, y se invitó a su casa. Algo notable: Jesús es un comensal no invitado, sino que se invitó en la casa del cobrador de impuestos de Jericó.

Los primeros impulsos de vida en un pobre pecador, los deseos despertados por el Padre estaban allí, en aquella casa, para acoger a Jesús; pero el Señor, de una manera tan benévola como significativa, se adelanta a la invitación y entra. Entra con el carácter adecuado y responde a la necesidad del momento, para avivar y afianzar la

vida recién recibida, hasta que esta se manifieste en una de las formas de su poder y produzca uno de sus buenos frutos. «Mira Señor, la mitad de mis bienes doy a los pobres, y si a alguien he defraudado, se lo devuelvo cuadruplicado» (Lucas 19:8).

En Emaús vemos algo diferente: no el deseo de un alma recién atraída, sino el deseo de santos que se han levantado de su caída. Los 2 discípulos habían sido incrédulos; regresaban a casa con la dolorosa impresión de que Jesús había defraudado sus expectativas. El Señor los reprende poco después de alcanzarlos en el camino, expresándose, sin embargo, de tal manera que les ardiera el corazón por dentro; y cuando llegaron juntos a la puerta de su casa, Jesús hizo como si fuera a seguir su camino. No quería sí mismo invitarse, como había hecho en Jericó, ya que estos discípulos no se encontraban en la misma situación moral que Zaqueo; sin embargo, cuando ellos le invitan a entrar, él entra, pero solo para fortalecer el deseo que les había impulsado a invitarlo y para satisfacer plenamente ese deseo; y los discípulos, impulsados por el gozo, regresan esa misma noche a Jerusalén, a pesar de lo avanzado de la hora, para contárselo todo a sus hermanos.

¡Qué variedad de belleza en todas estas escenas! El anfitrión del fariseo, el del publicano, el de los discípulos, el comensal invitado y el no invitado, se sienta en la persona de Jesús, siempre en su lugar, en toda la belleza de la perfección. Podría mostrarlo sentado en otras mesas; pero ya solo hablaré de una. En Betania, vemos a Jesús integrándose en una escena familiar. Si hubiera desaprobado la idea de una familia cristiana, no habría podido encontrarse en Betania tal y como nos lo muestra la Escritura; y, sin embargo, solo lo vemos allí para descubrir en él un nuevo rasgo de belleza moral. Jesús está en Betania como un amigo de la familia, encontrando en el círculo que le rodea lo que aún hoy encontramos entre nosotros: “un hogar”. Las palabras: «Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro» (Juan 11:5), nos lo dicen con claridad. El afecto de Jesús por la familia de Betania no era el de un Salvador, ni de un Pastor, aunque sabemos que para ella era ambas cosas: era el afecto de un amigo de la familia.

Pero, aunque era un amigo, y un amigo íntimo, que podía, cuando le apetecía, encontrar bajo aquel techo hospitalario una cálida acogida, nunca, sin embargo, intervino en los quehaceres domésticos. Marta era la ama de casa, la persona más ocupada de la familia, útil e importante en su lugar, y Jesús la deja tal y como la encuentra. No le correspondía a él cambiar ni regular esas cosas. Lázaro puede sentarse junto a sus anfitriones en la mesa de familia; María puede estar absorta y retirada en su propio reino o en el reino de Dios que hay en su interior, y Marta estará ocupada y servirá. Está muy bien. Jesús deja todo eso tal y como lo encuentra. Aquel que

no quería entrar en la casa de otro sin haber sido invitado, si entraba en la casa de estas 2 hermanas y de su hermano, no quería intervenir en el orden y los acuerdos que allí reinaban, y esto es de perfecta conveniencia moral. Pero, cuando uno de los miembros de la familia, en lugar de mantener su lugar en el círculo, sale de él para enseñar en presencia de Jesús, Jesús debe reivindicar –y reivindica– sus derechos superiores, y restablece las cosas *divinamente*, aunque no quisiera entrometerse ni intervenir en los asuntos *domésticos* (Lucas 10).

2.3 - Conjunto insondable de glorias morales

¿Quién puede seguir todas las huellas de Jesús? El buitre dirá que superan el alcance de su mirada, y si ningún ojo humano puede sondear la totalidad de este único objeto, ¿qué carácter humano, con sus sombras e imperfecciones, no sirve para resaltar mejor su resplandor? Ninguno de nosotros se imagina a Juan, a Pedro o a alguno de los demás apóstoles con un corazón duro o carente de bondad: ¡todo lo contrario! Sentimos que podríamos haberles confiado nuestras penas y nuestras necesidades. Sin embargo, el breve relato del capítulo 6 de Marcos, del que he hablado, nos muestra que todos ellos fallan, que todos se mantienen a distancia cuando las multitudes hambrientas se dirigen a ellos, amenazando con molestarlos; mientras que, por el contrario, para Jesús, era precisamente entonces el momento y la ocasión para acercarse. Todo esto nos dice quién es Jesús, mis amados. "No conozco a nadie tan bueno y afable como él", dijo alguien, "nadie que se haya rebajado como él hasta llegar a los pobres pecadores. Confío más en su amor que en el de María o en el de cualquier santo. No es solo su poder como Dios, sino la ternura de su corazón como hombre lo que me atrae. Nunca nadie mostró tanta ternura, ni la poseyó en tal medida; nadie que me haya inspirado tanta confianza. Que otros se dirijan a los santos o a los ángeles si así lo desean; yo, por mi parte, tengo más fe en la bondad de Jesús". El capítulo 6 de Marcos confirma estas palabras, mostrándonos la estrechez de corazón de los mejores de entre nosotros, como Pedro y Juan, al mismo tiempo que manifiesta la gracia tan plena, incansable y humilde de Jesús.

En sus relaciones con el mundo, Jesús fue a la vez un vencedor, un hombre de dolores y un benefactor. ¡Qué gloria moral en tal combinación! Fue el vencedor del mundo, rechazando todas sus seducciones y todas sus ofertas; sufrió por parte del mundo, dando testimonio de Dios contra la forma de vida y el espíritu del mundo; e hizo el bien al mundo, dispensando continuamente su amor y su poder, devolviendo bien por mal. Las tentaciones del mundo solo sirvieron para convertirlo en un ven-

cedor; la corrupción y el odio del mundo solo pudieron convertirlo en un hombre de dolores, y sus miserias, en un benefactor. ¡Cuántas glorias morales se encuentran aquí reunidas!

2.4 - En el mundo, pero no del mundo

Distinguiendo entre las cosas

El Señor Jesús fue la personificación viva de esta palabra: "*En* el mundo, pero no *del* mundo" –que sin duda se relaciona con esta otra palabra: «No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del Maligno» (Juan 1:157). Fue la manifestación viva de este estado durante toda su vida, pues siempre estuvo en el mundo, trabajando en medio de su ignorancia y su miseria; pero nunca fue del mundo, nunca participó en sus esperanzas ni en sus proyectos, ni respiró el espíritu del mundo.

Me parece que es en el capítulo 7 del Evangelio según Juan donde Jesús nos está presentado de manera especialmente destacada con este carácter. Era la época de la fiesta de los Tabernáculos, el momento en que el gozo alcanzaba su culmen en Israel, la anticipación del reino venidero, la temporada de la recogida de las cosechas, cuando al pueblo solo le quedaba *recordar* que en otro tiempo había vagado por el desierto y había vivido en tiendas. Los hermanos de Jesús le proponen que aproveche una ocasión como aquella, cuando "el mundo entero", como se suele decir, se encontraba en Jerusalén. Habrían querido que se pusiera en primer plano, que se presentara, como también se suele decir, como un "hombre de mundo". «Si haces estas cosas», le dicen, «manifiéstate al mundo». Jesús se niega. Aún no ha llegado para él el momento de celebrar la fiesta de los Tabernáculos. Más adelante tendrá su reino en el mundo, será grande y su dominio se extenderá hasta los confines de la tierra cuando llegue su día; pero, por el momento, camina hacia el altar y no hacia el trono. No quiere ir a la fiesta para ser parte de ella, aunque deba estar allí; por eso, cuando llega a la ciudad, lo vemos allí dedicado al *servicio*, y no a los *honores*; no haciendo milagros como sus hermanos hubieran querido que hiciera, para atraer la atención de los hombres, sino enseñando a los demás, y luego apartándose él mismo tras estas palabras: «Mi enseñanza no es mía, sino de aquel que me envió» (Juan 7:16).

Todo ello forma parte de la gloria moral del hombre Jesús, del hombre perfecto, en su relación con el mundo: un vencedor, un hombre de dolores, y un benefactor *en* el mundo, pero no *del* mundo. En otros pasajes, con igual perfección, le vemos *dis-*

tinguir entre las cosas, además de manifestar esas hermosas combinaciones. Así, al ocuparse de la aflicción de los *de fuera*, muestra ternura acompañada del poder que sana; mientras que cuando se trata de *discípulos*, vemos en él la fidelidad al mismo tiempo que el amor. El leproso del capítulo 8 de Mateo era un extranjero. Acude a Jesús con la enfermedad que padece y obtiene de inmediato la curación. El mismo capítulo nos muestra a los discípulos dirigiéndose también a Jesús en su angustia durante la tormenta, pero están reprendidos y, al mismo tiempo, tranquilizados. Jesús les dice: «Hombres de poca fe, ¿por qué tenéis miedo? Y, sin embargo, el leproso tenía poca fe, al igual que los discípulos. Si unos decían: «¡Señor, sálvanos que perecemos!», el otro había dicho: «¡Señor, si quieres, puedes limpiarme!» (v. 2). Pero a los discípulos se les reprende y al leproso no, precisamente porque el caso era diferente a los ojos del Señor, y con razón. En uno de los casos, se trataba simplemente de una aflicción; en el otro, se trataba tanto del alma como de la prueba. Por consiguiente, al responder al leproso, el Señor solo le muestra amor, mientras que con los discípulos tenía que ser fiel además de tierno. La diferencia en las relaciones con él explica la diferencia en la intervención del Señor, y nos muestra con qué perfección Jesús distinguía entre cosas que tenían una gran analogía entre sí, pero que, sin embargo, no eran en absoluto lo mismo.

En este sentido, la perfección del Señor se manifiesta aún más. Aunque Él mismo reprende, no permite que otros lo hagan a la ligera; como en épocas anteriores, Dios podía humillar a Moisés, pero no quería que María y Aarón se levantaran contra él (Núm. 11:12). Israel, en el desierto, será castigado una y otra vez por la mano de Dios, pero ante Balaam o cualquier otro adversario, Dios será Aquel que no ha visto iniquidad en su pueblo, y que no permitirá que ningún encantamiento prevalezca contra él. Así también interviene el Señor de la manera más llamativa y admirable entre los 2 discípulos y sus compañeros que los acusan (Mat. 20); y aunque hubiera enviado, como en secreto, una palabra de advertencia y amonestación a Juan el Bautista (palabra que solo la conciencia de Juan podía comprender), se dirige a la multitud para hablar de él únicamente con expresiones de aprobación y satisfacción.

Encontramos otros ejemplos de esta gracia que distingue entre las cosas que difieren. Incluso cuando se ocupa de sus discípulos, llega un momento, el de la despedida, en el que ya no se puede mantener la fidelidad y en el que solo queda dar rienda suelta a la ternura (Juan 14 y 15). El *corazón* reclama ese momento como propio en su totalidad, y la formación del alma no puede continuar entonces. Jesús revela a sus discípulos nuevos secretos, es cierto, secretos que pertenecen a la relación más querida e íntima, a saber, su relación con el Padre; pero nada hay en sus discursos

que se parezca a un reproche. No dice entonces: "Hombres de poca fe", ni: "¿Cómo es que no entendéis?" Una sola palabra, que tal vez tenga cierta analogía con estas, les revelaba únicamente una herida que había sufrido el corazón, para que supieran cuán grande era el amor que él les tenía.

Tal era, en el pensamiento perfecto y para el corazón de Jesús, el carácter sagrado del dolor en el momento de la separación. Lo comprendemos por nosotros mismos, en nuestra insignificante medida, de modo que somos capaces de apreciar y admirar al menos su plena expresión en Jesús. Hay «tiempo de abrazar», dice el Eclesiastés, «y tiempo de abstenerse de abrazar» (3:5). Es una ley escrita en el libro de los estatutos del amor, y Jesús la observaba.

2.5 - Dulzura según Dios (sin miel en los sacrificios)

Luz resplandeciente a pesar de las apariencias contrarias

Jesús no se dejaba llevar por la dulzura cuando la ocasión exigía fidelidad y, sin embargo, pasó por muchas circunstancias que la sensibilidad humana habría sentido, y que el sentido moral del hombre habría considerado bueno sentir. Jesús no quería ganarse a sus discípulos por los pobres medios de un carácter afable. La «miel», al igual que la «levadura», estaba excluida de los sacrificios ofrecidos por fuego. No había miel en las ofrendas de pan (Lev. 2; 11); y Jesús, la verdadera ofrenda de pan, tampoco la tenía. No eran simplemente palabras amables o corteses las que los discípulos oían de boca de su Maestro; en él no había esa cortesía que se ajusta a los gustos de los demás y trata de satisfacerlos; Jesús no buscaba ser agradable y, sin embargo, se ganaba los corazones de la manera más íntima, y eso es poder.

Siempre es una prueba de poder moral cuando se gana la confianza sin buscarla, pues entonces el corazón ha comprendido la realidad del amor. "Todos sabemos", dijo alguien, "distinguir el afecto de lo que no es más que cortesía, y puede haber mucha de esta última sin que haya nada de aquello. Quizá se diga que los modales amables deben ganarse la confianza; pero sabemos bien que solo el afecto es capaz de ello". La amabilidad, si no es más que eso, es miel, y ¿cuánta de esa miel no hay en nosotros. Tendemos a pensar que todo va bien, y quizá no aspiramos a nada más que a eliminar la levadura e impregnar la masa de miel.

Si somos amables, si desempeñamos adecuadamente nuestro papel en el escenario bien ordenado, educado y cortés de la sociedad, tratando de complacer a los demás y haciendo todo lo posible para que estén satisfechos de sí mismos, estamos con-

tentos y los demás lo están con nosotros. Pero ¿es eso servir a Dios? ¿Es eso una oblación? ¿Pensamos que eso forma parte de la gloria moral del hombre perfecto? Por supuesto que no. Quizás podríamos pensar que nada sería más adecuado ni alcanzaría mejor y con mayor eficacia el objetivo; sin embargo, uno de los secretos del santuario es que *no se utilizaba miel para dar un olor agradable a la ofrenda.*

Así pues, en resumen, en oportunidad, en combinaciones y en distinciones, ¡todo era belleza y perfección en todos los caminos de este Hijo del hombre!

La vida de Jesús era la luz resplandeciente de una lámpara. Él era, en la Casa de Dios, esa lámpara que no necesitaba «despabiladeras y platillos» (Éx. 25:38); estaba continuamente dispuesta ante Jehová, dando la luz de un aceite virgen y puro; y manifestaba todo lo que había a su alrededor, censurando y reprendiendo, pero manteniendo siempre su propio lugar sin reproche.

Acusado por sus discípulos o por sus adversarios, como le ocurría constantemente, el Señor nunca buscaba excusarse. En una ocasión, sus discípulos se quejaron, diciendo: «¡Maestro! ¿No te importa que perezcamos?» (Marcos 4:38), pero Jesús ni se le ocurre justificar el sueño del que esas palabras acababan de despertarle. En otra ocasión, vuelven a objetar: «¡Maestro, la multitud te aprieta y prime! Y tú dices: ¿Quién me ha tocado?» (Lucas 8:42-48), pero él no necesita esa observación y actúa de manera que responde a ella. En otra ocasión más, Marta le dice: «Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano» (Juan 11:21, 32); Jesús no se disculpa por no haber estado allí, ni por haberse detenido 2 días en el lugar donde se encontraba, sino que le explica a Marta el carácter maravilloso que su retraso confería a ese momento.

¡Qué gloriosa justificación había allí de ese retraso! Y lo mismo ocurría en cada ocasión similar. Por mucho que fuera acusado o censurado, Jesús nunca se retractó de una palabra ni dio un solo paso atrás; acalló toda voz que se alzara en su contra. Su madre le reprochó (Lucas 2), pero en lugar de poder mantener su acusación, tuvo que convencerse de la oscuridad y el error de sus pensamientos. Pedro se atrevió a reprender a Jesús: «¡Señor! De ningún modo esto te sucederá» (Mat. 16:22); pero Pedro debe aprender que era el propio Satanás quien le incitaba a hablar así. El alguacil, en el palacio del Sumo Sacerdote, va aún más lejos; queriendo reprender a Jesús, le da una bofetada (Juan 18); pero se ve convencido de que está violando las leyes de la justicia en presencia misma y en el lugar del juicio.

Todo esto nos revela los caminos perfectos del Maestro. Las apariencias podían estar a veces en contra de Jesús. ¿Por qué dormía en la barca cuando la tormenta y

las olas rugían? ¿Por qué se detenía en el camino cuando la hija de Jairo estaba moribunda? ¿Por qué tardaba en llegar cuando su amigo Lázaro estaba enfermo en la lejana aldea de Betania? Pero todo eso no es más que una *apariencia*, y solo por un momento: conocemos esos caminos de Jesús, ese sueño, esa parada, ese retraso; ¡todo es perfecto! Las apariencias estaban en contra del Dios de Job, en los días de los patriarcas: ¿no eran demasiados tantos mensajeros implacables e inexorables? Pero el Dios de Job no tenía por qué disculparse, al igual que el Jesús del Evangelio.

Por eso, cuando contemplamos al Señor Jesús como la lámpara del santuario, la luz en la casa de Dios, descubrimos que «las despabiladeras y sus platillos» no sirven para nada: se reconoce que no hay nada en él que se corresponda con ellas. Por eso, todos aquellos que intentaban acusar o reprender a Jesús cuando estaba en la tierra, acababan ellos mismos siendo reprendidos y confundidos. Habían querido utilizar mechas para una lámpara que no las necesitaba, y lo único que habían hecho era poner de manifiesto su locura: la luz de esa lámpara brillaba aún más, no porque se hubieran utilizado mechas, sino porque cada vez se daba una nueva prueba de que no la necesitaba en absoluto.

De todos estos ejemplos extraemos la útil lección de que es mejor mantenernos tranquilos y dejar que Jesús actúe. Podemos mirar y adorar, pero sin intervenir ni interrumpir, como hacían entonces todos, enemigos, familiares o incluso discípulos. No podían hacer más resplandeciente aquella luz que brillaba; solo tenían que regocijarse de ella y caminar a su luz, sin intentar tocarla. ¡Que nuestra mirada sea sencilla! Y podemos estar seguros de que la lámpara del Señor, colocada sobre el candelabro, llenará de luz todo el cuerpo.

Pero sigamos. Del mismo modo que Jesús no buscaba justificarse ante el juicio de los hombres durante el transcurso de su ministerio, así también en la hora del sufrimiento, cuando todas las potencias de las tinieblas se desatan contra él, no busca la piedad de los hombres. Cuando se convirtió en prisionero de los judíos y de los gentiles, no les suplica ni les implora; no apela a la compasión de nadie; no se le oye suplicar por su vida. Había orado al Padre en el huerto de Getsemaní; pero no intenta conmover ni al Sumo Sacerdote ni al gobernador romano. Todo lo que le dice al hombre en ese momento debe poner de manifiesto el pecado que el hombre, ya sea judío o gentil, estaba cometiendo en ese mismo instante.

¡Qué escena! ¡Quién habría podido concebir tal tema! Debió de manifestarse antes de ser descrita, como ya se señaló hace mucho tiempo. Sí, el hombre perfecto, en otro tiempo, caminó por esta tierra en la plenitud de la gloria moral, y el Espíritu

Santo proyectó los rayos de esa gloria sobre las páginas de los Evangelios; y tras la sencilla, feliz y firme seguridad de su amor personal hacia nosotros (¡que el Señor la aumente en nuestros corazones!), nada contribuye más a hacernos desear estar con él que descubrir cómo es *Él mismo*. He oído hablar de un hombre que, tras haber seguido en los 4 Evangelios el camino luminoso de Jesús, se conmovió hasta las lágrimas y exclamó: "¡Como me gustaría estar con él!".

Si se me permite hablar en nombre de los demás, queridos amigos, diré que es eso lo que *necesitamos*, y también aquello por lo que *suspiramos*. Sabemos lo que nos falta, pero podemos añadir: El Señor sabe lo que deseamos.

2.6 - Un tiempo para conservar, un tiempo para desechar (Ecl. 3:6)

Renunciar a las ventajas terrenales

El mismo libro del Eclesiastés, que ya hemos citado anteriormente, dice: Hay «tiempo de guardar, y tiempo de desechar» (Ecl. 3:6). El Señor Jesús sabía tanto conservar como desechar cuando era necesario.

No hay despilfarro en los servicios del corazón y de la mano que sirven a Dios, por muy pródigos que sean: «Todo es tuyo», decía David a Jehová, «y de lo recibido de tu mano te damos» (1 Crón. 29:14).

Los animales que pastan en 1.000 montañas, la tierra y todo lo que hay en ella pertenecen a Dios; sin embargo, Faraón tacha de pereza la petición que hacía el pueblo de Israel de ir a sacrificar a Dios, y los discípulos consideran una pérdida los 300 denarios gastados en ungir la cabeza o los pies de Jesús (Mat. 26:6-13; Juan 12:1-8). Pero dar al Señor lo que le pertenece, ya sea el honor o el sacrificio, el afecto del corazón o el trabajo de las manos, o los bienes de la casa, no es ni pereza ni una pérdida: *devolver* a Dios lo que le corresponde es el primer deber.

Deseo detenerme aquí un momento.

Renunciar a Egipto no es pereza, y romper un frasco de perfume sobre la cabeza de Jesús no es despilfarro, aunque veamos que, entre los hijos de los hombres, e incluso con demasiada frecuencia entre los santos de Dios, se juzga así estas cosas. Hay personas que renuncian a ciertas ventajas terrenales, o descuidan ciertas perspectivas mundanas, porque el corazón ha comprendido lo que significa estar asociado en el camino con un Señor rechazado. Pero a los ojos de muchos, todo esto es "pe-

reza" y "derroche". Se podrían haber conservado, piensan ellos, las ventajas que se poseían, y perseguir y alcanzar las perspectivas mundanas, para luego utilizarlas en favor del Señor. Quienes hablan así están en un grave error. Quieren que uno se aferre a la posición, y a la influencia humana y terrenal que conlleva, y consideran estas cosas casi como "un don que debe servir para el provecho, la edificación y la bendición de los demás" (comp. con 1 Cor. 12:7, etc.; 14:1-3, 12, etc.). ¡Pero un Cristo rechazado por los hombres, si fuera conocido espiritualmente por el alma, enseñaría una lección muy diferente! Esa posición en la vida, esas ventajas mundanas, esas oportunidades tan recomendadas, son ese mismo Egipto del que Moisés se marchó: él se negó a ser llamado hijo de la hija de Faraón. Los tesoros de Egipto no eran para él riquezas, pues no podía hacer uso de ellos para Jehová. Se alejó y Jehová se le apareció, y luego se sirvió de él, no para dar prestigio a Egipto y a sus tesoros, sino para liberar a su pueblo de la esclavitud.

Sin embargo, toda esta renuncia, de la que Moisés nos ofrece el ejemplo, debe llevarse a cabo en la perspectiva de la fe en un Señor rechazado; de lo contrario, se verá privado de lo que le confiere su verdadera belleza y realidad. Si se actúa en virtud de un principio meramente *religioso*, para atribuirse a uno mismo justicia y mérito, se puede decir con razón que lo que se hace así es peor que la pereza o el despilfarro. Satanás ha obtenido una ventaja evidente sobre nosotros, en lugar de que nosotros hayamos obtenido una victoria sobre el mundo. Pero si el sacrificio se ha hecho en la fe y por amor a un Maestro rechazado, con la conciencia y la comprensión de la relación de ese Maestro con este siglo malo, eso es una ofrenda a Dios.

Servir al hombre a costa de la verdad y de los principios de Dios no es cristianismo, aunque a quienes actúan así se les llame "bienhechores". El cristianismo se preocupa tanto por la gloria de Dios como por la felicidad del hombre; y en la medida en que perdamos de vista este punto, nos veremos tentados a considerar como una pérdida de tiempo o de bienes muchas cosas que, en realidad, son la expresión de un servicio santo, dedicado, inteligente y coherente hacia Jesús. El Señor nos enseña esta lección cuando justifica a la mujer que derramaba sobre su cabeza el perfume de gran valor (Mat. 26). Debemos tener en cuenta la gloria de Dios en lo que hacemos, aunque los hombres puedan negarse a aprobar lo que no contribuya al avance del buen orden en el mundo o al bienestar del prójimo; y Jesús quería defender los derechos de Dios en este mundo egoísta, al tiempo que reconocía (sin duda, como bien sabemos) los derechos del prójimo sobre sí mismo.

Él sabía cuándo había que «desperdiciar» y cuándo había que «conservar». «¿Por qué molestáis a la mujer?», dijo refiriéndose a la mujer a la que acababan de repren-

der por haber derramado sobre él el frasco de perfume, «Es una buena obra lo que ha hecho conmigo» (Mat. 26:10); mientras que, tras haber saciado a las multitudes, decía: «Recoged los pedazos que sobran, para que no se pierda nada» (Juan 6:12).

Era el cumplimiento del mandamiento divino: Hay «tiempo para guardar, y tiempo para desechar». Si el servicio generoso del corazón o de la mano en el culto a Dios no es un despilfarro, incluso las migajas de la comida del hombre son sagradas y no deben tirarse. Aquel que, en una de estas ocasiones, justificó el gasto de 300 denarios, en la otra, no permitió que los restos de 5 panes quedaran tirados en el suelo. A sus ojos, esos restos eran sagrados. Eran el alimento de la vida, la hierba de los campos que Dios había dado al hombre para su sustento; y la vida es algo sagrado: Dios es el Dios de los vivos. Él le había dicho al hombre: «He aquí que os he dado toda planta que da semilla... todo árbol... os serán para comer» (Gén. 1:29); por eso Jesús santificaba lo que Dios había dado. «El árbol del campo no es hombre», decía la Ley, en consecuencia, había dado este mandamiento a quienes estaban bajo la Ley: «Cuando sities a alguna ciudad, peleando contra ella muchos días para tomarla, no destruirás sus árboles metiendo hacha en ellos, porque de ellos podrás comer... Mas el árbol que sepas que no lleva fruto, podrás destruirlo» (Deut. 20:19-20). Habría sido un despilfarro, una profanación, abusar así de lo que Dios había dado para que fuera alimento de vida, y Jesús, con la misma pureza, en la perfección del orden vivo de Dios, no quería que se perdiera ni uno solo de los restos. «Recoged los pedazos que sobren, para que no se pierda nada».

No son más que detalles; pero todas las circunstancias de la vida humana, por pasajeras y pequeñas que sean, a medida que Jesús las atraviesa, se adornan así con un rayo de esa gloria moral, que siempre iluminaba con su luz el sendero que pisaban los pies del Salvador. El ojo del hombre era incapaz de seguirlo, pero ante Dios todo se elevaba como incienso, como un sacrificio de buen olor, un sacrificio de reposo, la ofrenda de pan del santuario.

2.7 - Juicio justo, no según las apariencias

Hay que señalar además que el Señor no juzgaba a los demás en relación consigo mismo, falta en la que todos caemos. Por naturaleza tendemos a juzgar a los demás según su forma de comportarse con nosotros, y hacemos del interés que les prestamos la medida de su carácter y de su valor. El Señor no actuaba así. Dios es un Dios de conocimiento y sopesa las acciones; comprende cada una de ellas *plenamente*. Y la imagen del Dios de conocimiento, nuestro Señor Jesucristo, actúa de igual modo

durante los días de su ministerio en la tierra. El capítulo 11 de Lucas nos ofrece un ejemplo de ello. El fariseo que lo invitó a su mesa mostraba una apariencia de cortesía y buena voluntad hacia el Señor; pero Jesús era el "Dios de todo conocimiento" y, como tal, sopesa esa acción según su verdadero carácter.

La miel de la cortesía, que es el mejor ingrediente para la vida social del mundo, no podía pervertir el juicio de Cristo, ni su valoración de las cosas. Jesús aprobaba aquellas que eran excelentes. La cortesía con la que le invitaban no podía influir en el juicio de Aquel que llevaba las pesas y las medidas del santuario de Dios. Es al Dios de todo conocimiento al que se enfrenta aquí la cortesía del mundo, y esta no puede subsistir ante él. ¡Qué lección para nosotros!

La invitación ocultaba un propósito premeditado: tan pronto como el Señor entró en la casa, el anfitrión actuó como fariseo y no como anfitrión; mostró su asombro porque aquel a quien había invitado no se había lavado antes de sentarse a la mesa, y el carácter que adoptó así desde el principio se manifestó con toda su fuerza al final. El Señor actuó en consecuencia, pues sopesaba todas las cosas como el Dios del conocimiento. Algunos pensarán quizá que la cortesía que se le había brindado debería haberle hecho callar, pero Jesús no podía considerar a ese fariseo únicamente en relación consigo. La adulación no podía desviar su juicio. Jesús pone al descubierto y reprende; y el final de la escena le da la razón. «Mientras les decía estas cosas, los escribas y los fariseos comenzaron a fustigarlo con dureza y a provocarlo para que hablase de muchas cosas; acechándolo para cazar alguna palabra suya y poder acusarlo» (Lucas 11:53-54).

El Señor actúa de manera muy diferente en la casa de otro fariseo, que también le había invitado a su mesa (vean Lucas 7), pues Simón no tenía ningún propósito oculto al invitar a Jesús. Puede parecer que actúa también como un fariseo, acusando en voz baja a la pobre pecadora de la ciudad y reprendiendo a su anfitrión por tolerar que ella se le acercara; pero las apariencias no pueden servir de base para un juicio justo; a menudo, las mismas palabras pronunciadas por labios diferentes tienen un significado muy distinto. Por eso el Señor, el Juez que todo lo sopesa perfectamente según Dios, al tiempo que reprende a Simón y le muestra quién es, lo llama por su nombre y abandona su casa como debe hacerlo un huésped. Distingue entre el fariseo del capítulo 7 de Lucas y el del capítulo 11, aunque se haya sentado a la mesa con ambos.

Así, también en el capítulo 16 de Mateo, vemos a Pedro, lleno de atención y de un tierno afecto por su Maestro: «¡Ten compasión de ti, Señor! De ningún modo

esto te sucederá»; pero Jesús juzga las palabras de Pedro únicamente por su valor moral. Nos resulta difícil hacer lo mismo cuando se trata de complacer a alguien. Una naturaleza simplemente amable no habría dicho: «¡Apártate de mí, Satanás!» (Mat. 16:22-23); se habría expresado de otra manera. Pero, lo repito, el Señor no escucha las palabras de Pedro simplemente como expresión de una bondad y un afecto personales hacia él; las juzga, las sopesa ante Dios, y descubre de inmediato que proceden del Enemigo; pues aquel que puede transformarse en «ángel de luz» (vean 2 Cor. 11:14), a menudo se oculta tras palabras llenas de dulzura y amabilidad.

Jesús actúa de igual modo con Tomás en el capítulo 20:28 de Juan. Tomás acababa de rendirle homenaje; había dicho: «¡Señor mío y Dios mío!». Pero ni siquiera palabras como esas podían hacer que Jesús bajara de la altura moral en la que se encontraba, y desde donde escuchaba y consideraba todas las cosas. Sin duda, esas palabras eran sinceras y procedían de un corazón que, tras haber sido iluminado por Dios, se había arrepentido y había vuelto al Señor resucitado, dejando atrás sus dudas para adorarle ahora. Pero Tomás se había mantenido alejado todo el tiempo que había podido; había sobrepasado el límite. Todos los discípulos habían sido incrédulos respecto a la resurrección, pero Tomás había declarado que persistiría en la incredulidad hasta que la vista y el tacto le convencieran. Tal había sido su estado moral; y Jesús lo juzgaba así, y situaba a Tomás en su verdadero lugar, tal y como había hecho con Pedro. «Porque me has visto, has creído. ¡bienaventurados aquellos que no han visto y han creído!»

¿Acaso nuestros corazones, en un caso semejante, no se habrían visto tomados por sorpresa? ¿Habrían resistido los embates del buen afecto de Pedro y del homenaje de Tomás? Pero nuestro Maestro perfecto estaba allí en nombre de Dios y de su verdad, y no por sí mismo. Los israelitas podían rendir honores al arca de la Alianza y llevarla a la batalla (1 Sam. 4), instándola, por así decirlo, a que todo saliera bien gracias a su presencia en medio de ellos. Pero al Dios de Israel no se le conduce así. El pueblo es derrotado por los filisteos, a pesar de la presencia del Arca; y Pedro y Tomás son reprendidos, aunque Jesús, que es siempre el Dios de Israel, fuera honrado por ellos.

2.8 - El gozo por la conversión de los pecadores

Los ángeles se regocijan por el arrepentimiento de los pecadores. «Hay gozo en presencia de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente» (Lucas 15:10). ¡Qué gran valor tiene para nosotros contar con la revelación de este secreto del

cielo y encontrar sus manifestaciones una tras otra, tal y como nos las presenta el capítulo 15 de Lucas!

Pero hay más. El gozo, aunque Lucas nos lo muestra cumplido en el cielo, es un gozo *público*; tiene su expresión y encuentra eco. Es como conviene que sea; es como debe ser que toda la casa comparta el gozo y lo considere un gozo común. Pero, lo repito, hay aún más: está el gozo del *corazón de Dios*, además de ese gozo del cielo. El capítulo 4 de Juan nos habla de él, al igual que el 15 de Lucas nos habla del gozo del cielo. Y este gozo del corazón de Dios, no hace falta decirlo, es más profundo; es pleno; silencioso y personal; no necesita que otros lo despierten ni lo mantengan. «Yo tengo para comer un alimento que vosotros no sabéis» (Juan 4:32); así hablaba el corazón de Cristo cuando saboreaba es gozo. La gloria llenaba la Casa, y fue necesario que, durante un tiempo, los ministros del santuario se mantuvieran a distancia (1 Reyes 8:11). El Pastor acababa de traer al redil a la oveja descarriada del rebaño, llevándola sobre sus hombros con gran gozo, y hasta ese momento el gozo era enteramente suyo. Todavía no se había convocado a toda la casa para que se regocijara con él, cuando la mujer se marchó, ¡una pecadora salvada y feliz! Los discípulos eran conscientes de la naturaleza de aquel momento: no querían perturbarlo. Se servía la grasa reservada para el altar, la porción más excelente del banquete, el "alimento de Dios", se servía, y los discípulos permanecían en silencio y apartados. Fue un momento maravilloso, además de excepcional. El gozo profundo e inexpresado del corazón divino se revela aquí, al igual que el gozo público del cielo se muestra en el capítulo 15 de Lucas.

Pero aquel que podía ser así «alimentado» a veces se cansaba; podía tener hambre y sed, como vemos en este mismo capítulo y en el capítulo 4 de Marcos. Sin embargo, hay una diferencia: Marcos nos cuenta cómo Jesús se repone con el sueño, mientras que, en Juan, Jesús es alimentado y reconfortado sin ningún medio externo. ¿Y de dónde procedía? En el capítulo de Marcos, el Señor había pasado un día de trabajo y, al llegar la noche, estaba cansado, como es propio de la naturaleza humana al final del día. «Sale el hombre a su labor, y a su labranza hasta la tarde» (Sal. 104:23). Entonces se le concede el sueño para que recupere fuerzas y pueda reanudar su ministerio cuando vuelva la mañana. Jesús experimentó todas estas cosas; durmió sobre una almohada en la barca. En el capítulo 4 de Juan, vuelve a estar «cansado del camino», y tiene hambre y sed. Se sienta en el borde del pozo como un viajero cansado, esperando a que los discípulos regresen del pueblo vecino con provisiones. Pero cuando llegan, encuentran al Señor renovado y descansado, y eso sin que haya comido, bebido ni dormido. Su cansancio había encontrado un descanso distinto al

que le habría proporcionado el sueño. Se había regocijado por el fruto de su obra en el alma de una pobre pecadora, y ella había sido enviada a la libertad de la salvación de Dios. Pero en el capítulo 4 de Marcos no aparecía ninguna mujer de Samaria.

¡Cuán cierto y fácil de comprender es todo esto para nosotros! En el capítulo 4 de Juan, el corazón del Señor estaba gozoso, si se me permite expresarlo así; mientras que en el capítulo 4 de Marcos no había nada que le gozara; y la Escritura dice (y nuestra experiencia confirma la verdad de esta palabra) que: «El corazón alegre constituye buen remedio; mas el espíritu triste seca los huesos» (Prov. 17). Así, en uno de los casos, el Maestro puede decir: «Tengo para comer un alimento que vosotros no sabéis», y en el otro, hará uso de la almohada que alguien, en su atenta preocupación por sus necesidades, le ha preparado.

2.9 - Fidelidad a pesar de la confusión

Sin contaminación por la impureza

En una época en la que todo es confusión, uno se siente tentado a abandonarlo todo, porque ve todo perdido y sin remedio, y uno se vería tentado a decir que ya no sirve de nada y que sería una labor sin fin seguir esforzándose por distinguir entre las cosas. Todo es desorden y apostasía; ¿por qué seguir intentando marcar la diferencia? No era así en el caso del Señor. Se encontraba *en medio* de la confusión, pero no formaba parte de ella; al igual que estaba *en* el mundo, pero no era *del* mundo. Se relacionaba con todo tipo de personas, en todo tipo de circunstancias, multitud tras multitud, cuando todos deberían haber estado estrechamente unidos; y Él seguía siempre, sin distraerse, su camino estrecho, unido y santo. Las pretensiones del fariseo, la mundanidad del herodiano, la filosofía del saduceo, la versatilidad de la multitud, los ataques de los adversarios, la ignorancia y la debilidad de los discípulos eran los elementos morales con los que se topaba y a los que tenía que hacer frente cada día.

Tanto el estado de las cosas como el carácter de los individuos preocupaban al Señor: la moneda de César circulaba por la tierra de Emmanuel; los muros de separación estaban casi todos derribados; el judío y el gentil, el puro y el impuro, se mezclaban, salvo allí donde el orgullo religioso se valía, a su manera, de privilegios nacionales o de otro tipo. Pero el principio de oro de Jesús: «Dad entonces a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios» (Lucas 20:25), expresaba la perfección de su paso en medio de todo. En los días de la cautividad, días también de confusión, el Rema-

nente dio un hermoso testimonio, distinguiendo entre lo que difería y sin rechazar todo como si todo estuviera perdido. Daniel era consejero del rey, pero se negaba a comer de su carne; Nehemías servía en el palacio, pero no toleraba al moabita ni al amonita en la casa de Jehová; Mardoqueo velaba por la vida del rey, pero no se inclinaba ante el amalecita; Esdras y Zorobabel aceptaban los favores del rey persa, pero rechazaban la ayuda de los samaritanos y no toleraban los matrimonios con los gentiles; los cautivos oraban por la paz de Babilonia, pero no querían cantar los cánticos de Sion en tierra extranjera.

Todo esto es de gran belleza, y el Señor, en su día, manifestó *a la perfección este carácter del Remanente*. Nosotros también vivimos en una época que, en su carácter de confusión, no es inferior a los días del cautiverio ni a los días de Jesús; y, al igual que él, estamos llamados a actuar, no como si hubiera ya recursos, sino como si aún supiéramos dar "lo de César a César, y lo de Dios a Dios". Toda esta belleza moral se convierte en un modelo para nosotros.

También vemos a Jesús en la relación de Dios con el mal, una posición que, naturalmente, nosotros nunca podremos ocupar. Tocaba al leproso y tocaba el ataúd, y sin embargo no se contaminaba: se encontraba en la relación de Dios con el mal; conocía el bien y el mal, pero los dominaba divinamente, conociéndolos como Dios los conoce. Si no hubiera sido lo que era, el contacto con el leproso y con el ataúd lo habría contaminado; habría tenido que ser expulsado del campamento y someterse a la purificación prescrita por la Ley; pero no vemos nada parecido en él. Jesús no era un judío impuro; no solo no estaba contaminado, sino que no podía estarlo; y, sin embargo, tal era el misterio de su persona, tal la perfección de su humanidad unida a la divinidad en él, que la tentación era tan real como la imposibilidad de ser contaminado.

Detengámonos un momento aquí. Ante gran parte de esta verdad necesaria, aunque misteriosa e infinitamente preciosa, lo que nos corresponde es aceptarla y adorarla, más que discutirla y analizarla. Sin embargo, resulta reconfortante para el corazón observar los ardientes deseos de algunas almas sencillas, que dan la sensación de que es Cristo *mismo* a quien tienen ante sus ojos. A menudo disertamos sobre las verdades de tal manera que, al final, llegamos a la dolorosa convicción de que, aunque nos hayamos ocupado de ello, no hemos llegado a Cristo mismo: descubrimos que nos hemos desviado del camino.

2.10 - Pobre, pero que enriquece a muchos

El Señor era «pobre», pero «enriquecía a muchos» –como si no tuviera nada, y poseyera todas las cosas". Estos gloriosos rasgos se manifestaban en él de formas que le eran y debían ser propias. Recibía ayuda de algunas mujeres piadosas que le asistían con sus bienes y, al mismo tiempo, disponía de los tesoros de la abundancia de la tierra, para satisfacer las necesidades de todos los que le rodeaban. Podía alimentar a miles de hombres en lugares desiertos y, al mismo tiempo, pasar hambre él mismo, esperando el regreso de sus discípulos, que habían ido a buscar provisiones. Era "no tener nada y, sin embargo, poseer todas las cosas". Pero, aunque era así de pobre, expuesto a la vez a la necesidad y al peligro, no hay en él nada que se parezca en absoluto a la bajeza. Nunca pide limosna, aunque no posea nada, pues cuando necesita un denario (Lucas 20:20-26) (no para su propio uso), se ve obligado a pedir que le muestren uno. Nunca huye, aunque esté expuesto al peligro y su vida se vea amenazada allí donde se encuentra; se retira o se aleja sin que nadie se dé cuenta. Por eso repito: nada vil, nada que esté en desacuerdo con una perfecta dignidad personal, se le atribuye, aunque la pobreza y la necesidad sean su parte cada día.

¡Maravillosa perfección! ¿Quién podría mantener ante nuestros ojos un objeto tan perfecto, tan irreprochable, tan exquisito y delicadamente puro, en los detalles más comunes y minuciosos de la vida humana? Pablo era insuficiente para ello. Solo Jesús, el Hombre-Dios, podía hacerlo. La naturaleza particular de sus virtudes, en medio de lo que solían ser las circunstancias de su vida, nos dice quién es. Solo hay una persona especial, solo el hombre divino, si se me permite llamarlo así, que pueda presentarnos tales particularidades en circunstancias tan comunes. No encontramos nada semejante en Pablo, lo repito. Había en él mucha dignidad y grandeza moral, sin duda; si hay un hombre en quien se encuentren estas cosas, reconozcamos que ese hombre es él; pero el camino de Pablo no es el de Jesús; su vida corre peligro y recurre a su sobrino para protegerse; en otra ocasión, sus amigos lo bajan en una cesta desde lo alto de las murallas de la ciudad. No digo que pida dinero, pero reconoce haberlo recibido; no recuerdo cómo declara ante la asamblea compuesta por fariseos y saduceos que es fariseo, ni cómo habla del Sumo Sacerdote que lo juzgaba: Pablo, en esas circunstancias, estaba moralmente en falta, y solo me refiero a los casos que, sin ser moralmente malos, están, sin embargo, por debajo de la perfecta dignidad personal que distingue los caminos de Cristo. La huida a Egipto, como se la llama, no es una excepción a este carácter del Señor; pues aquel viaje se emprendió para cumplir la profecía y por orden de un oráculo divino.

Todo esto no es simplemente gloria moral, es una maravilla moral; –y resulta prodigioso que una pluma, sostenida por la mano de un hombre, haya podido trazar jamás tales bellezas. Solo podemos explicarnos este milagro por el hecho de que se nos presenta la verdad, una realidad viva. Nos vemos inevitablemente llevados a esta conclusión.

2.11 - Una palabra de gracia sazonada con sal; una palabra oportuna

Siguiendo por este camino, encontramos escrito: «Vuestra palabra sea siempre con gracia, sazonada con sal, para que sepáis cómo debéis responder a cada uno» (Col. 4:6). Nuestras palabras deberían ser así, en efecto, «siempre con gracia», haciendo bien a los demás, "comunicando la gracia a quienes las escuchan". Sin embargo, a menudo adquirirán ese carácter por la vivacidad de la amonestación o la censura; a veces, por su firmeza y severidad, por la propia indignación y el celo de las que serán la expresión; y así es como las palabras estarán «sazonadas con sal». Al reunir estas hermosas cualidades, al estar llenas de gracia y, sin embargo, sazonadas con sal, nuestras palabras darán testimonio de que sabemos cómo responder a cada uno.

Entre todas las demás formas de perfección moral, el Señor Jesús manifestó esta. Él sabía cómo responder a cada uno con palabras siempre provechosas para el alma, tanto si el hombre quisiera escucharlas o les cerrara los oídos –palabras a veces sazonadas, sí, a veces fuertemente sazonadas con sal.

Así también, al responder a las preguntas que se le formulaban, el Señor no se proponía tanto responder a la pregunta en sí, como llegar a la conciencia o al estado de ánimo de quien le interrogaba.

En su silencio o en su negativa a responder, cuando se encontró ante el judío o el gentil al final de su camino en esta tierra, ante los sacerdotes o ante Pilato o Herodes, podemos observar la misma conveniencia en sus palabras que en sus respuestas. Da testimonio ante Dios de que, entre los hijos de los hombres, había al menos *Uno* que sabía que «hay un tiempo… de callar, y tiempo de hablar» (Ecl. 3:7).

También se aprecia una gran variedad de tono y de forma en el Señor en todas estas diversas circunstancias de su vida; y esta variedad, por leve o marcada que fuera, formaba parte del aroma de buen olor que se elevaba ante Dios. A veces la palabra de Jesús era suave, otras veces era perentoria; a veces Jesús razona, otras veces reprende de inmediato; a veces la calma de su razonamiento se eleva hasta el

ardor abrasador de la condena; pues es desde el punto de vista *moral* desde donde contempla y sopesa todas las cosas.

El capítulo 15 de Mateo me ha llamado la atención por la forma en que pone de relieve esta perfección bajo diversos aspectos de belleza y excelencia. En él, el Señor se ve llamado a responder sucesivamente a los fariseos, a las multitudes, a la pobre siro-fenicia afligida y a sus propios discípulos, según estos manifiestan su ignorancia o su egoísmo; y podemos observar la diferencia que existe en el carácter de su reprimenda o de su razonamiento, en la forma en que enseña con paciencia o en que procura alimentar fielmente un alma con sabiduría y gracia. No podemos sino reconocer hasta qué punto todo en él es oportuno y se adapta al lugar o a la ocasión que requiere su intervención.

La misma belleza e idoneidad se encuentran en el hecho de que, en el capítulo 2 de Lucas, *no enseña* ni *aprende*, sino que se limita a escuchar y a preguntar. *Enseñar* no habría sido apropiado en aquel momento, pues era un niño rodeado de hombres que le superaban en edad. *Aprender* no habría encajado con la luz pura y gloriosa que llevaba en su interior; pues podemos decir de él, con toda verdad, que era más inteligente que los ancianos y que superaba en prudencia a todos aquellos que le habían enseñado (Sal. 119:99-100). No me refiero aquí a que fuera como Dios, sino como hombre "lleno de sabiduría", según la expresión de la Palabra. Sabía hacer uso de esa plenitud de sabiduría, según la perfección de la gracia; por eso el evangelista no nos lo presenta en el templo, en medio de los doctores, a la edad de 12 años, *enseñando* o *recibiendo enseñanza*, sino que simplemente dice que los escuchaba y les hacía preguntas. «Jesús crecía en sabiduría, en estatura y favor ante Dios y los hombres» Lucas 2:52). Y cuando, como hombre, conversaba con los hombres en el mundo, su palabra estaba siempre "sazonada con sal, con gracia", como la palabra de alguien que sabe cómo responder a cada uno. Su perfección estaba siempre en armonía con las diferentes etapas de la infancia y de la madurez.

2.12 - A veces despreciado, rechazado, en la debilidad

A veces en el poder y en el honor

Jesús nos está presentado bajo otros aspectos aún. A veces es *despreciado* y *rechazado*, vigilado y odiado por sus adversarios, obligado a retirarse para poner su vida a salvo de sus designios y sus intentos. A veces se encuentra *en la debilidad*, seguido únicamente por los más pobres del pueblo: está cansado, tiene hambre y sed, está

en deuda con los cuidados de unas mujeres entregadas, que sentían que le debían todo. Otras veces, con una bondad tierna y llena de benevolencia, siente compasión por la multitud; o bien se une a sus discípulos en sus comidas y en sus viajes, conversando con ellos como lo haría un hombre con sus amigos. Otras veces más, se nos muestra *en poder y honor*, haciendo milagros, dejando entrever algunos rayos de su gloria; y aunque en su persona y en su posición no era nada en el mundo –el hijo de un carpintero sin estudios ni fortuna– provoca un impacto mayor entre los hombres, e incluso, en ciertos momentos, en los pensamientos de quienes gobiernan la tierra, que ningún hombre ha logrado jamás.

La infancia, la edad adulta, la vida humana, en toda su variedad, nos presentan así la persona de Jesús. ¡Que nuestro corazón pueda solamente guardarlo! Hay en algunos de los detalles más pequeños una perfección que da testimonio de la mano divina que los ha trazado. ¿Y qué mano, si no es la que el Espíritu Santo guiaba y protegía, que hubiera podido trazar este cuadro de perfección sin desfigurar sus rasgos? Así, cuando el Señor quiere desarrollar su pensamiento sobre la moneda corriente del país, pide que le muestren un denario, pues no tiene ninguno en su poder; no llevaba ninguno consigo. La belleza moral de la acción procedía de la perfección interior que le caracterizaba.

Cuando llega la hora de Getsemaní, pide a sus discípulos que *velen con él*; no les pide que *oren por él.* Buscaba simpatía: la apreciaba en los momentos de debilidad y angustia, y deseaba que los corazones de sus compañeros estuviesen unidos a él en ese momento. Tal deseo tenía su origen en la gloria moral que constituía la perfección que había en él; pero si sentía ese deseo, si se lo expresaba a sus discípulos, no podía pedirles que se presentaran ante Dios por él. Quería que se entregaran a él, pero no podía pedirles que se entregaran a Dios por él; por eso les pide una vez más que velen con él, pero no les pide que oren por él. Cuando, inmediatamente después, une la vigilia y la oración, piensa en ellos mismos y en sus necesidades, diciendo: «Orad, para que no entréis en tentación» (Lucas 22:40). Pablo podía decir a otros santos: «Para que entre vosotros se manifestara vuestra solicitud por nosotros delante de Dios» (2 Cor. 7:12). «Orad por nosotros, porque estamos seguros de tener buena conciencia» (Hebr. 13:18). Pero ese no era el lenguaje de Jesús, y no hace falta que diga que no podía serlo; pero la pluma que nos describe una vida como esa y nos retrata un carácter así, esa pluma está guiada por el Espíritu de Dios: solo Él podía escribir así.

2.13 - Prestando sin esperar nada a cambio

Jesús hacía el bien y prestaba sin esperar nada a cambio; daba, y su mano izquierda no sabía lo que hacía la derecha. Nunca, en ninguna circunstancia, reclamó ningún derecho sobre la persona o el servicio de aquellos a quienes había liberado y sanado. Nunca hizo de la liberación que había obrado un motivo para que le sirvieran. No quiso que el gadareno llamado «Legión» le siguiera (vean Lucas 8:26-39); devolvió a su padre el niño que curó al pie de la montaña; dejó que la hija de Jairo permaneciera en el seno de su familia; devolvió a su madre al hijo de la viuda de Naín; no exigió nada a ninguno de ellos. ¿Acaso Cristo da para que le den a cambio? ¿Acaso él mismo (¡Maestro perfecto!) no pone en práctica su propia palabra: «Haced bien y prestad sin esperar nada a cambio» (Lucas 6:35)?

La naturaleza de la gracia es dar a los demás y no enriquecerse a sí misma; y Jesús vino para que, en él mismo y en todos sus caminos, la gracia resplandeciera en todas las inmensas riquezas y la gloria que le pertenecen. Encontró siervos en el mundo, pero no comenzó por sanarlos para luego reclamarlos para sí; los llamó y les concedió dones. Estos eran fruto de la energía de su espíritu y de los afectos despertados en los corazones que su amor abrazaba; y al enviarlos lejos, les dijo: «Gratuitamente recibisteis, dad gratuitamente» (Mat. 10:8). Sin duda, hay en los rasgos de un carácter como ese algo que supera la comprensión del pensamiento humano; uno se lo repite una y otra vez; y es muy reconfortante poder añadir que es bajo las formas más sencillas donde a veces resplandece esta gloria moral del Señor, bajo formas que son comprensibles para todas las percepciones y para todas las simpatías del corazón.

2.14 - Respondiendo a la fe

Jesús nunca rechazó la fe más débil, al tiempo que acogía y satisfacía con gozo la fe más audaz. La fe firme que se manifestaba sin ceremonias ni excusas, con plena e inmediata seguridad, siempre era bienvenida ante él; mientras que al alma tímida que apenas se atrevía a acercarse, la animaba y la bendecía. La palabra que brota de los labios del Señor quita de inmediato del corazón del pobre leproso lo único que lo oprimía como una nube: «Señor», dice él, «si quieres, puedes limpiarme». «Quiero, queda limpio», dijo Jesús. Sin embargo, inmediatamente después, esos mismos labios expresaron lo que llenaba el corazón de Jesús ante la fe evidente y positiva del centurión gentil, y la fe audaz y profunda de la familia israelita que perforó el

techo de la casa donde se encontraba Jesús para bajar a su enfermo a sus pies.

Cuando una fe débil se dirigía al Señor, él concedía la bendición que esta buscaba, pero reprendía al hombre que acudía así a él. Sin embargo, esa misma reprimenda está llena de ánimo para nosotros, pues parece decirnos: "¿Por qué no os servís de mí con más libertad, con más plenitud, con más gozo?" Si supiéramos apreciar al donante como apreciamos el don –el corazón de Cristo tanto como su mano– el *reproche* que dirige a la fe débil nos resultaría tan valiosa como la *respuesta* que le hace encontrar.

Y si la fe débil es así reprendida, la fe fuerte sabe ser agradecida; y así podemos comprender qué hermoso espectáculo llamaba la atención de Jesús cuando aquellos hombres de los que ya hemos hablado descubrieron el tejado de la casa para llegar hasta él. Debió de ser, en efecto, un espectáculo magnífico para los ojos de nuestro generoso y divino Salvador: *su corazón* debió de sentirse conmovido por esta acción, al igual que lo estuvo *la casa de Capernaum*.

2.15 - Nunca cansado ni vencido por el mal

Vemos glorias y humillaciones en la persona del Señor. Aquel que estaba sentado junto al pozo de Sicar es el mismo que subió por encima de todos los cielos; Aquel que subió es el mismo que Aquel que bajó. La gloria soberana y la humilde condescendencia se unen en Jesús. ¡Tiene un lugar a la derecha de Dios y, sin embargo, se inclina para lavar los pies de los santos en la tierra! No pierde nada de su grandeza, aunque se adapte a nuestra miseria; no le falta nada de lo que pueda servirnos, aunque sea glorioso, sin mancha y perfecto en sí mismo.

El egoísmo se cansa de la indiscreción y la insistencia, como nos dice el pasaje: «Aunque no se levante a darle por ser su amigo, sin embargo, por su importunidad se levantará y le dará cuantos necesite» (Lucas 11:8). No ocurre lo mismo con Dios ni con el amor, pues el Dios del capítulo 7 de Isaías (v. 10-16), es lo contrario del hombre del capítulo 11 de Lucas.

Era la incredulidad, que no quería dirigirse a él, lo que cansaba a Dios: no era la insistencia, sino más bien lo contrario: y esa gloria y esa excelencia divinas que encontramos en el Jehová de la casa de David reaparecen en el Señor Jesucristo de los evangelistas, y en la diferencia de sus caminos hacia la fe débil y la fe fuerte. ¡Pero qué pequeña parte de toda esa gloria descubrimos!

Sabemos de cuántas maneras nuestros hermanos nos perturban y nos ponen a prueba, al igual que nosotros, sin duda, también lo hacemos con ellos. Vemos, o creemos ver, en ellos algún defecto, y nos resulta difícil seguir manteniendo relaciones con ellos. Sin embargo, la culpa puede ser en gran parte nuestra, al considerar como algo censurable lo que no es más que una falta de conformidad o de criterio con nosotros.

Pero el Señor no podía equivocarse así; y, sin embargo, nunca se veía «vencido por el mal»; siempre vencía el mal con el bien, el mal que había en el hombre con el bien que había en él mismo. La vanidad, el mal carácter, la indiferencia hacia los demás, el egocentrismo, la ignorancia a pesar de todo el esfuerzo que se tomaba por instruir: tales eran las cosas que tenía que soportar constantemente en los que le rodeaban. Su vida entre los hombres fue, a su manera y en su medida, un día "de irritación", como lo habían sido los 40 años en el desierto. Israel volvía a poner a prueba a Jehová, pero también volvía a hacer la experiencia de lo que era. Es reconfortante decirlo: pusieron a prueba al Señor, pero al hacerlo, pusieron de manifiesto lo que era. Él sufría, pero se mostró paciente; nunca los abandonó. Los advertía, los enseñaba, los reprendía, los condenaba, pero nunca los abandonó; al contrario, al final de su camino en común está más cerca de ellos que nunca.

¡Cuán perfecto, excelente y alentador es todo esto para nosotros! Lo que el Señor hace para llegar a la conciencia nunca enfría su corazón; no perdemos nada cuando nos reprende. Y Aquel que no nos retira su amor cuando actúa sobre nuestra conciencia, se apresura a restaurar nuestras almas, para que la conciencia, si se me permite expresarlo así, pronto esté en condiciones de abandonar su escuela, y el corazón recupere junto a Él su libertad inicial, como dice ese himno tan conocido por muchos de nosotros:

Pero si a veces una nube

viene a ocultarme tu belleza,

Amigo divino, tras la tormenta,

¡tu claridad brilla como antes!

Himnos y Cánticos en francés No. 71, 5

2.16 - «El Mismo» a pesar de las ruinas

De los cambios, los abandonos, los miedos, las incredulidades, las persecuciones

Me gustaría señalar, además, que en las funciones que el Señor Jesús está llamado a asumir a lo largo de su ministerio, ya sea solo una vez o de pasada, vemos en todas partes la misma perfección y gloria moral que en el camino que sigue cada día: así, cuando aparece como Juez en el capítulo 24 de Mateo, o como Abogado o Intercesor en el capítulo 22 del mismo Evangelio. Pero solo estoy rozando este tema tan rico. Cada uno de los pasos de Jesús, cada una de sus palabras o de sus acciones, irradia un rayo de esa gloria; y la mirada de Dios encuentra en la vida de Jesús más motivos de satisfacción de los que le habría presentado una eternidad de inocencia adánica. Jesús caminaba en medio de las ruinas morales de la humanidad; y fue desde esa región de miseria desde donde elevó hacia el trono de Dios un sacrificio más rico y de mejor aroma que el Edén y el Adán del Edén, si hubieran permanecido puros, jamás hubieran ofrecido ni hubieran podido ofrecer.

El tiempo no traía ningún cambio en el Señor. Las mismas manifestaciones de su gracia y de su carácter, tanto antes como después de su resurrección, confirman esta verdad tan importante para nosotros. Sabemos lo que Cristo es en este momento; y lo que ha sido nos dice lo que siempre será, tanto en su carácter como en su naturaleza, en sus relaciones con nosotros y en sí mismo: «Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos» (Hebr. 13:8), y la mera mención de este hecho nos reconforta. A veces los cambios pueden afligirnos; otras veces los deseamos: todos, de diversas maneras, ponemos de manifiesto lo que es esa naturaleza inconstante y variable que constituye la vida humana. No solo las circunstancias, sino también las relaciones, las amistades, los afectos, los caracteres, sufren continuamente cambios que nos sorprenden y nos entristecen.

Nos vemos arrastrados de una etapa de la vida a otra, pero es raro que nos acompañen afectos que no se hayan enfriado y principios puros, ya se trate de nosotros mismos o de nuestros compañeros de camino. En cambio, Jesús, tras su resurrección, siguió siendo el mismo Jesús que era antes, aunque los recientes acontecimientos hubieran alejado a sus discípulos de él más de lo que jamás existió ni podría existir entre "compañeros". *Los discípulos* habían delatado la infidelidad de sus corazones al abandonar a su Maestro, al huir lejos de él en el momento de su debilidad y angustia, mientras que *él*, por ellos, había pasado por la muerte, y una muerte que ningún otro habría podido soportar sin ser aniquilado. Los discípulos seguían siendo solo unos pobres y débiles galileos; Jesús estaba glorificado y revestido de toda potestad

en el cielo y en la tierra.

Sin embargo, nada de todo ello supuso ningún cambio en el Señor: «ni altura, ni profundidad, ni ninguna otra criatura» podía cambiarlo (vean Rom. 8:39). El amor lo desafía todo; y Jesús vuelve junto a los suyos como el mismo Jesús que siempre habían conocido. Colabora en sus labores tras su resurrección e incluso tras su ascensión, tal y como había hecho durante los días de su ministerio y de su estancia entre ellos: así nos lo cuenta el último versículo de Marcos.

En el pasaje del capítulo 14 de Mateo, los discípulos, en la barca en el mar, creyeron ver un espíritu y gritaron de miedo; pero el Señor les hizo comprender que era él mismo quien estaba allí junto a ellos, tanto en gracia como en poder divino y soberano. Del mismo modo, en el capítulo 24 de Lucas, es decir, tras la resurrección, Jesús toma el panal de miel y el pescado y come delante de ellos, para que, con la misma plena certeza y tranquilidad de corazón, supieran que era él. Quiso que lo tocaran y lo vieran, diciéndoles que un espíritu no tiene ni carne ni huesos, como ellos podían comprobar que él sí tenía.

En el capítulo 3 de Juan, saca a la luz y al camino de la verdad a un maestro "lento para creer", al que soporta con toda la paciencia de la gracia. Actúa de la misma manera tras su resurrección con los 2 discípulos «Sin inteligencia, y tardos de corazón para creer», que se dirigían a su casa en Emaús (Lucas 24:25).

En el capítulo 4 de Marcos, calma los temores de los suyos antes de reprocharles su incredulidad; dice a los vientos y al mar: «¡Calla! ¡Sosiégate!», antes de decir a los discípulos: «¿Todavía no tenéis fe?» Vuelve a hacer lo mismo en el capítulo 21 de Juan, cuando ya ha resucitado: come con Pedro, en plena y libre comunión, antes de interpelar a su discípulo y despertar su conciencia con estas palabras: «¿Simón, [hijo] de Jonás, me amas?» (v. 16).

El Jesús resucitado, que se aparece a María Magdalena, el evangelista se encarga de decírnoslo, es el mismo Jesús que la había liberado de 7 demonios; y María reconoce la voz que la llama, como una voz que desde hace tiempo le resulta familiar. ¡Qué identidad hay entre el Cristo en la humillación y el Cristo en la gloria, entre el Salvador de los pecadores y el Señor del mundo venidero! Cómo todo nos dice que, tanto en carácter como en gloria divina y personal, ¡Aquel que descendió es el mismo que ascendió! También Juan, junto a su Señor resucitado, se nos presenta como el discípulo que, durante la cena, estaba recostado sobre el pecho de su Maestro.

«Yo soy Jesús»: tal es la respuesta del Señor, desde el seno de la gloria a la que ha

ascendido, cuando Saulo de Tarso pregunta: «¿Quién eres, Señor?» (Hec. 9:5).

Todo esto tiene para nosotros una aplicación totalmente personal e individual; nos concierne personalmente. Pedro, por su parte, conoce a su Maestro, el mismo para él antes y después de su resurrección. Jesús, en el capítulo 16 de Mateo, le reprende; pero pocos días después, lo lleva al monte Santo, con total libertad de corazón, como si nada hubiera pasado. Más tarde, el mismo Pedro vuelve a ser reprendido (Juan 21): como era habitual en él, se había preocupado por lo que le sobrepasaba. «Señor, ¿y qué de este?» (v. 21), había dicho volviéndose hacia Juan; y su Maestro tuvo que volver a ponerlo en su sitio: «¿Qué a ti?». Sin embargo, y como si nada hubiera pasado tras esa reprimenda enérgica y perentoria, volvemos a encontrar a Pedro junto a Juan, siguiendo al Señor que va a ascender al cielo. Era un Pedro *reprendido* el que en otro tiempo había ido con Jesús al monte Santo; y es un Pedro *reprendido*, el mismo Pedro, el que acompaña al Señor en su partida al cielo, subiendo así por segunda vez al monte de la gloria, el monte Santo de la transfiguración. ¡De qué poderoso consuelo están llenas estas cosas! Tenemos ante nosotros a Jesús, nuestro Señor, «el mismo ayer, y hoy, y por los siglos» (Hebr. 13:8); el mismo durante los días de su ministerio y tras su resurrección; el mismo en los cielos a los que ha ascendido, ¡el mismo para siempre! Y así como permanece el mismo y se manifiesta con la misma gracia, tanto después como antes de su resurrección, así también cumple todas las promesas que había hecho a sus discípulos.

2.17 - Comunicando Su paz, Su vida

Fidelidad a sus promesas – Restauración de Pedro

Ya sea la voz de Jesús o la de sus ángeles la que nos diga: «¡No tengáis miedo!» (Mat. 14:27; Marcos 5:36; Lucas 5:10; etc.), esta palabra nos va dirigida ahora como entonces –después de la resurrección de Jesús como antes de la cruz. Antes de morir, Jesús había hablado a sus discípulos de darles *Su* paz; y tras su muerte, vemos que, efectivamente, se la da de la manera más formal. Les dice: «Paz a vosotros» (Juan 20:20-26); y, tras decir esto, les mostró sus manos y su costado, donde podían leer, en rasgos simbólicos, cuáles eran sus derechos a una paz plena y conquistada para ellos por él mismo. Era *Su paz*, absolutamente suya, pues él mismo la había forjado, y ahora les pertenecía por un derecho imperecedero e imprescriptible.

En otros tiempos, el Señor les había dicho: «Porque yo vivo, vosotros también viviréis» (Juan 14:19); y ahora, en los días de su resurrección, en los días del Hombre

resucitado, en posesión de una vida victoriosa, les comunica esa vida en medida plena y perfecta, soplando sobre ellos y diciéndoles: «Recibid el Espíritu Santo» (Juan 20:22).

El mundo ya no iba a verlo, tal y como les había dicho; pero los suyos sí lo verían; y así fue: sus discípulos lo vieron durante 40 días, y él les habló de las cosas relativas al reino de Dios (Hec. 1); pero todo sucedió en secreto: el mundo no lo ha visto desde la hora del Calvario, y ya no debe verlo hasta que venga para el juicio.

Como testimonio aún más humilde de su total fidelidad a todas sus promesas, el Salvador vino a encontrarse con los suyos en Galilea, tal y como les había prometido; y, en una expresión más completa de esa misma fidelidad, lleva a los discípulos ante el Padre en el cielo, enviándoles este mensaje: «Subo a *mi* Padre y *vuestro* Padre, y a *mi* Dios y *vuestro* Dios» (Juan 20:17). Así pues, ya sea en nuestra Galilea en la tierra o en su morada en el cielo, les había prometido su presencia, cumplió ambas promesas; y no podemos sino sacar gran provecho al meditar sobre la humildad, la fidelidad, la plenitud, la sencillez, la grandeza y la elevación de todo lo que conforma y distingue el camino del Señor ante nosotros.

El Señor, mientras ejercía su ministerio en medio de sus discípulos, tuvo que ocuparse de Pedro más que de ninguno de los demás, y lo mismo ocurre tras su resurrección de entre los muertos. Pedro es quien ocupa todo el protagonismo en el último capítulo del Evangelio según Juan; allí, el Señor continúa con él la obra de gracia que había comenzado antes de separarse de él, y la retoma exactamente donde la había dejado. Pedro había mostrado una gran confianza en sí mismo: «Aunque todos se escandalizaran de ti, yo jamás me escandalizaré de ti», había dicho; y «aun cuando me sea necesario morir contigo, de ninguna manera te negaré» (Mat. 26:33-35). El Señor le había dicho cuán vanas eran tales jactancias; pero también le había dicho que había orado por él para que su fe no desfalleciera; y cuando quedó demostrado que las jactancias habían sido, en efecto, vanas, y Pedro había negado a su Señor, incluso con blasfemia, su Señor lo miró, y esa mirada ejerció su acción benéfica. La oración y la mirada dieron su fruto: la oración había preservado la fe de Pedro, la mirada le partió el corazón. Pedro lloró, y «lloró amargamente» (Lucas 22:62).

Al comienzo del capítulo 21 según Juan, volvemos a encontrar a Pedro en el estado moral en el que le habían colocado la oración y la mirada de Jesús. La fe de Pedro no había flaqueado; puede dar una prueba muy conmovedora de ello, pues tan pronto como se entera de que es el Señor quien está en la orilla, se lanza al agua para ir hacia él; pero no como un hombre arrepentido, como si aún no hubiera llorado, sino

como un hombre capaz de presentarse ante Jesús con plena seguridad en su corazón. Es con este carácter como su bendito Señor lo acoge, y comen juntos a orillas del lago. La oración y la mirada habían surtido efecto en el corazón de Pedro, y no es necesario repetirlas. El Señor simplemente continúa la obra así iniciada para llevarla a su perfección y, en consecuencia, a la *oración* y la *mirada* les sigue la *palabra*. Tras la convicción de pecado y las lágrimas, llega el levantamiento: Pedro se ve en condiciones de fortalecer a sus hermanos, tal y como su Señor le había anunciado, y también de glorificar a Dios con su muerte, privilegio que había perdido por su incredulidad y su negación.

Tal fue la palabra que levantó a Pedro, después de que la oración hubiera sostenido su fe y la mirada hubiera quebrantado su corazón. En el capítulo 13 del mismo Evangelio, el Señor le había enseñado a ese mismo discípulo amado que un hombre que tiene todo el cuerpo lavado no necesita ser lavado de nuevo, sino solo de lavarse los pies; y es precisamente en este sentido como Jesús actúa con Pedro. No le hace pasar por segunda vez por la experiencia del capítulo 5 de Lucas, cuando la pesca milagrosa le había abrumado y se había reconocido pecador; sino que el Señor lava los pies manchados de Pedro; le restaura y le devuelve a su verdadera posición (vean Juan 21:15-17).

¡Maestro perfecto! El mismo para nosotros ayer, hoy y por los siglos; el mismo en su amor perfecto y lleno de gracia, continuando la obra que había comenzado, retomando junto a los suyos, como Señor resucitado, el servicio que había dejado inconcluso cuando se separó de ellos, y retomando ese servicio justo donde lo había interrumpido, uniendo así el servicio pasado con el presente, con perfecta gracia y sabiduría.

Un poco más adelante, vemos cómo el Señor cumple sus promesas. Me refiero a lo que Él llama «la promesa del Padre» y «recibiréis poder» (Hec. 1:4, 8). Esta promesa fue dada tras su resurrección (Lucas 24) y se cumplió después de que Jesús subiera al cielo y fuera recibido en la gloria (Hec. 2). Esto no es más que la continuación de la historia y del testimonio de la fidelidad de Jesús. Todo lo que aprendemos de él –su vida antes de sufrir, su relación con sus discípulos tras resucitar y, ahora, lo que ha hecho desde que ascendió al cielo– son tantas pruebas de que en él no hay variación ni sombra de cambio.

No quisiera pasar por alto otra prueba de este hecho que encontramos en el mismo capítulo del Evangelio según Lucas. El Señor resucitado lleva a sus discípulos al mismo lugar donde los había dejado durante sus instrucciones anteriores, y les

dice: «Entonces él les dijo: ¡Oh hombres sin inteligencia, y tardos de corazón para creer todo lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Cristo padeciese estas cosas, y entrara en su gloria? Comenzando desde Moisés y todos los Profetas» (24:25-27), recordándoles así que ya les había dicho antes que la Escritura era el gran testimonio del pensamiento de Dios, y que todo lo que *estaba escrito allí* debía *cumplirse aquí.* ¿Y qué hace entonces el Señor? Simplemente continúa, con naturalidad, la enseñanza que les había impartido entonces: «Les interpretó en todas las Escrituras las cosas que a él se refieren»; su poder se une a sus instrucciones anteriores y cumple en los suyos lo que ya les había comunicado.

La propia naturaleza y el espíritu de su relación con los discípulos, durante esos 40 días, son, en cierto sentido, los mismos que antes: los conoce *por su nombre*; se les manifiesta de la misma manera; tanto después como antes de su resurrección, lo vemos a la mesa como un anfitrión, aunque solo se encuentre allí como invitado (Juan 2; Lucas 24), y, en el sentimiento profundo y la comprensión del momento, los discípulos consideran que esa presencia es la misma que había sido antes.

Al volver junto a Jesús en la fuente de Sicar, temen ser molestos y permanecen en silencio. Del mismo modo, al acercarse a él tras la pesca de peces (Juan 21), vuelven a callarse, juzgando una vez más, según el carácter del momento, que deben usar pocas palabras, aunque sus corazones estén llenos de asombro y gozo.

¡Cuán tiernos y, sin embargo, poderosos son los lazos que unen así a Aquel a quien ya hemos aprendido a conocer en los detalles cotidianos de la vida humana, con Aquel a quien conoceremos por la eternidad! Jesús descendió primero hasta donde estábamos nosotros, para luego llevarnos hasta donde Él está. Pero es aquí, donde estamos, donde hemos conocido a Cristo, y donde lo hemos *conocido para siempre*. Esta verdad tiene un valor inmenso; Pedro es para nosotros testigo de ello. Ya he analizado esta escena desde otro punto de vista; pero deseo detenerme en ella por segunda vez durante un instante.

Fue con motivo de la pesca milagrosa, o antes de la resurrección, cuando Pedro se sintió convencido de pecado: Pedro, *el pescador de peces,* se convirtió, a sus propios ojos, en Pedro, el *pecador*. «¡Apártate de mí Señor, porque soy un hombre pecador!» (Lucas 5:8). El milagro de la pesca, que demostraba que el desconocido que había pedido prestada la barca era el Señor del mar y de todo lo que hay en él, había situado a Pedro, en espíritu, en la presencia de Dios, y allí aprende a conocerse a sí mismo; pues solo allí, en efecto, podemos aprender esta lección. Pero el Señor, en ese instante, como desde lo alto de la gloria, habla a Pedro para tranquilizarlo; le

dice: «No temas» (v. 10), y Pedro ya no tiene miedo. La gloria o la presencia de Dios, tras haber sido un medio de convicción, se convierte para él en un hogar, y Pedro está ante el Señor con el corazón perfectamente tranquilo. Así, durante la segunda pesca (Juan 21) tras la resurrección, Pedro disfruta de la misma seguridad, y solo tiene que poner en práctica la lección que ya había aprendido: y eso es lo que hace.

Experimenta que la presencia del Señor de gloria es un refugio para él. Siente en su interior, y da testimonio de ello para nosotros, de que *lo que ha aprendido acerca de Jesús, lo ha aprendido para siempre*. No había reconocido al desconocido que estaba en la orilla; pero tan pronto como Juan le dijo que era el Señor, el desconocido dejó de serlo para Pedro, y se apresuró a acercarse a él lo antes y lo más cerca que pudo.

¡Qué dulces son estas cosas para el corazón! Si ya es motivo de gozo saber que Jesús es siempre el mismo, en nuestro mundo como en el suyo, en medio de nuestra miseria como en su gloria, ¡qué nuevo gozo ver a uno de nosotros como era Pedro, experimentando en su alma la felicidad que se deriva de tal hecho!

¡Jesús es el mismo, en verdad, fiel y verdadero! Todo lo que había prometido a sus discípulos antes de sufrir, lo cumple tras su resurrección. Todo lo que había sido en medio de ellos, lo sigue siendo.

2.18 - Dando sin cesar, aprobando rara vez

La plenitud de una obra que supera nuestros pensamientos

El Señor *daba* sin cesar, pero *aprobaba* rara vez: comunicaba abundantemente allí donde encontraba poca comunión; así se revela y se magnifica su bondad. No había nada en el hombre que resultara atractivo para Jesús, y, sin embargo, siempre daba. Era como el Padre que está en los cielos, del que él mismo hablaba, haciendo salir su sol sobre los malvados y sobre los buenos, y enviando su lluvia sobre los justos y los injustos (Mat. 5:45). Así aprendemos lo que es Jesús, para su gloria –y lo que somos nosotros, para nuestra vergüenza.

Pero Jesús no solo era como el Padre que está en los cielos –la imagen de Dios en lo que hacía– sino que también estaba en el mundo como el «Dios desconocido» del que habla Pablo (Hec. 17:23). Las tinieblas no lo comprendieron; el mundo, ni por su religión ni por su sabiduría, lo conoció. Las abundantes riquezas de su gracia, la pureza de su reino, el fundamento y los derechos sobre los que únicamente podía establecerse la gloria que él buscaba en un mundo como este, pudiera establecerse,

todo ello era ajeno a los pensamientos de los hijos de los hombres. Esto se aprecia en los profundos errores morales en los que caen sin cesar. Cuando, por ejemplo, las multitudes aclamaban con entusiasmo al Rey y al reino en su persona (Lucas 19), los fariseos decían: «¡Maestro, reprende a tus discípulos!» (v. 39). No podían soportar la idea de que el trono perteneciera a un hombre como él: era, pensaban, una presunción por su parte, la de Jesús de Nazaret, permitir que le rodearan gozos reales; no conocían, no habían aprendido a conocer el secreto de la verdadera gloria en nuestro mundo mentiroso y caído; tampoco conocían el misterio del «renuevo… como raíz de tierra seca»; no habían discernido en espíritu «el brazo» de Jehová (Is. 53:1-2).

Era allí, donde el propio Espíritu del Señor guiaba el corazón, donde se hacían descubrimientos sobre él, descubrimientos muy valiosos y tan diversos en su alcance.

En el capítulo 1 de Marcos se hacen numerosas referencias al ministerio de gracia y poder del Señor. Los enfermos, que padecían todo tipo de dolencias, acudían a él; las multitudes le escuchaban y reconocían la autoridad con la que hablaba; un leproso se presentó ante él con su lepra, así reconociéndole como el Dios de Israel. En distintos grados, existía entonces un cierto conocimiento de Jesús, ya fuera de lo que era o de lo que poseía; pero en el capítulo 2 del mismo Evangelio, encontramos un conocimiento de él que se expresa de una manera más viva y excelente, y ejemplos de la fe que sabía *comprender* al Salvador: y eso es lo más profundo.

Los hombres de Capernaum que le traen a su amigo paralítico comprenden al Señor y, al mismo tiempo, se valen de él; comprenden lo que es en sí mismo, en su carácter, en sus costumbres y en los sentimientos de su alma. La propia forma en que se las ingenian para llegar hasta él nos lo revela: no se acercan con reserva, como si dudaran o se sintieran intimidados; más bien actúan como Jacob, cuando dice: «No te dejaré, si no me bendices» (Gén. 32:26). Y esa es una forma de actuar que resulta más agradable a Jesús y más acorde con la manera en que el *amor* ama. No piden permiso, no se andan con ceremonias; sino que abren el tejado de la casa para llegar él. Por tanto, conocían al Señor al mismo tiempo que se valían de él; sabían que él encontraba su gozo en que, en momentos de necesidad, los afligidos confiaran en su gracia e hicieran uso de su poder sin reservas. Leví, poco después, actúa de la misma manera (Marcos 2): organiza una fiesta y sienta a publicanos y pecadores en compañía de Jesús, demostrando así que conocía a Jesús y sabía quién era aquel a quien acogía en su casa, al igual que Pablo sabía en quién había creído (2 Tim. 1:12).

Este conocimiento del Señor tiene un gran valor. ¡Es divino! La carne y la sangre no

lo dan; los hermanos de Jesús no lo poseían. Decían de él, mientras él se entregaba al servicio: «Está fuera de sí» (Marcos 3:21). Pero la fe hace grandes descubrimientos acerca de él y actúa en consecuencia; puede parecer que a veces nos hace traspasar unos límites justos y nos lleva más allá de lo que es conveniente y mesurado; pero a juicio de Dios, nunca actúa así. Las multitudes le dicen a Bartimeo que se calle, pero él se niega, pues conoce a Jesús tal y como lo conoce Leví (Marcos 10).

La plenitud de la obra de Cristo supera nuestros pensamientos y, sin embargo, en eso radica su gloria. El Salvador viene a nosotros en todas nuestras necesidades, pero al mismo tiempo nos presenta a Dios; Jesús sanaba a los enfermos, pero también predicaba el reino. Sin embargo, esto no era del agrado del hombre, por extraño que parezca; pues el hombre suele saber apreciar muy bien su propio beneficio; pero tal es la enemistad del corazón carnal contra Dios, que, cuando la bendición llega acompañada de la presencia de Dios, no se recibe con gozo; y, por parte de Cristo, no podía ser de otra manera: el propósito de Cristo es glorificar a Dios tanto como salvar al pecador. Dios ha sido deshonrado en este mundo, al igual que el hombre se ha perdido en él –perdido por su propia culpa; y el Señor, el reparador de las brechas, realiza una obra perfecta: reivindica y defiende el nombre y la verdad de Dios, anunciando su reino y sus derechos y manifestando su gloria, al tiempo que salva y da vida al pecador perdido y muerto.

Ya lo hemos dicho, esto no le conviene al hombre: no le importa que se ocupen de él, pero en cuanto a la gloria de Dios, ¡que pase lo que tenga que pasar! Así es el hombre; pero cuando, por la fe, el corazón de un pobre pecador ha sido transformado y puede regocijarse verdaderamente en la gloria de Dios, eso es un hermoso espectáculo. La siro-fenicia nos ofrece un ejemplo de ello: la gloria del ministerio de Cristo hablaba viva e intensamente a su alma. Sin embargo, el Señor, en la postura que adopta a pesar de la aflicción de esta mujer, mantiene los principios de Dios y deja a un lado a la siro-fenicia como forastera. «No he sido enviado», le dice, «sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel… No está bien tomar el pan de los hijos, y echarlo a los perros» (Mat. 15:24-26). La mujer se somete a esta declaración: reconoce al Señor como el dispensador de la verdad de Dios y no quiere suponer, ni siquiera por un solo instante, que Él quisiera renunciar, en su favor y por sus necesidades, al depósito que se le había confiado, es decir, a la verdad y a los principios de Dios. Ella quiere que Dios sea glorificado según sus propios designios, y que Jesús sea siempre el testigo fiel de esos designios y el siervo del beneplácito de Dios; sin importarle lo que ello pueda suponer para ella. «Así es Señor», dice ella, y mantiene así todo lo que el Señor le había dicho; pero añade, en perfecta consonancia con las palabras de

Jesús: «¡Pero hasta los perros comen las migajas que caen de la mesa de sus amos!»

Todo esto es muy hermoso; era fruto de la luz de Dios en el alma. La madre de Jesús, en el capítulo 2 de Lucas, es muy inferior a esta mujer de entre los gentiles: María no sabía que Jesús debía ocuparse de los asuntos de su Padre, mientras que esta extranjera había comprendido que eran precisamente esos asuntos de los que él siempre tenía que ocuparse. Ella quería que los caminos de Dios, por la mano fiel de Cristo, fueran glorificados, aunque ella misma quedara así apartada, incluso en su aflicción. Eso era conocer a Cristo; era aceptarlo en *la plenitud* de su obra, como Aquel que se consideraba Dios en un mundo rebelde contra él, así como para el pobre e indigno pecador que sí mismo se había perdido.

2.19 - Incomprendido por unos

Atrayendo aquellos a quienes el Espíritu había abierto los ojos y el corazón

No es bueno ser siempre comprendido; nuestra conducta y nuestros hábitos deberían ser los de extranjeros, de ciudadanos de otra patria, cuyo lenguaje, leyes y costumbres solo se conocen aquí de forma muy imperfecta. La carne y la sangre no pueden apreciarlos; por eso los santos de Dios no están en buena situación cuando el mundo los comprende.

Ni siquiera los propios parientes de Jesús lo conocían: ¿lo conocía su madre cuando le instó a manifestar su poder proporcionando vino para la fiesta (Juan 2)? ¿Lo conocían sus hermanos cuando le dijeron: «Si haces estas cosas, manifiéstate al mundo» (Juan 7:4)? ¡Qué idea! ¡Intentar inducir al Señor Jesús a convertirse en lo que llamamos "un hombre del mundo"! ¿Era posible que hubiera un conocimiento real de Jesús en aquellos que expresaban un pensamiento semejante? ¡Estaban muy lejos de ello! Por eso, el evangelista se apresura a añadir: «Porque ni aun sus hermanos creían en él» (Juan 7:5). Comprendían *el poder* del Señor, pero no *sus principios*; pues, a la manera de los hombres, vinculaban la posesión de talentos o de poder al servicio de los intereses del hombre en el mundo.

No tengo necesidad de decir que Jesús era todo lo contrario a esto; y sus parientes según la carne, llenos del espíritu del mundo, no podían comprenderlo. Los principios que le movían a actuar eran ajenos a un mundo como este en el que vivimos; ese mismo mundo los despreciaba, como la hija de Saúl despreció a David cuando bailaba ante el Arca (2 Sam. 6:16).

¡Pero qué poder de atracción había en Jesús para los ojos y el corazón que el Espíritu había abierto! Los apóstoles son la prueba de ello: sabían muy poco de su maestro en lo doctrinal, y no ganaron nada al permanecer con él, nada, quiero decir, en este mundo. Su condición aquí no mejoró en absoluto por su camino junto a Jesús, y no se puede decir que se valieran de su poder milagroso, más bien lo pusieron en duda que lo utilizaron; y, sin embargo, se aferraban a él. No se unieron a Jesús porque vieran en él el depósito inagotable que contenía todo lo que pudiera satisfacer todas sus necesidades; creo que podemos afirmar que no hicieron uso de su poder en beneficio propio. Sin embargo, estaban allí con él –confundidos cuando hablaba de dejarlos, y llorando al pensar que lo habían perdido de verdad.

Lo repetimos: ¡qué poder de atracción debía de haber en Jesús para aquellos cuyos ojos y corazones habían sido abiertos por el Espíritu, o que habían sido atraídos por el Padre (Juan 6:44)! ¡Con qué autoridad, además, una sola mirada de Jesús, una sola de sus palabras, penetraba a veces en el corazón! Esa única palabra suya: «¡Sígueme!», bastaba. ¡Y esa autoridad, esa atracción, la sentían hombres de caracteres totalmente opuestos! Tomás, tan racional, tan lento para creer, y Pedro, tan ardiente, tan impulsivo, se mantienen ambos cerca y en torno a ese maravilloso centro; e incluso Tomás, en presencia del Señor, se impregnará del espíritu abnegado de Pedro y dirá, bajo la influencia de esa poderosa atracción: «Vamos también nosotros, para que muramos juntamente con él» (Juan 11:16).

¿Qué será entonces cuando pronto veamos y experimentemos todo esto en su perfección? Cuando toda la familia humana, de todos los países, de todos los colores, de todos los caracteres, esté reunida; cuando toda tribu, lengua, pueblo y nación estén con el Señor, y a su alrededor, en un mundo digno de él. Vale la pena detener nuestro pensamiento en estos ejemplos del valor que Jesús concedía a corazones semejantes a los nuestros; acojámoslos como garantías de lo que, en esperanza, nos pertenece tanto a nosotros como a ellos.

2.20 - Luz resplandeciente

Que la reflejemos, aprendiendo por ella quién es Cristo

La luz de Dios brilla a veces ante nosotros, para que, según el poder que se nos ha dado, podamos discernirla, disfrutarla, servirnos de ella y seguirla. No es solo que nos acuse o que nos exija nada; sino que, como he dicho, resplandezca ante nosotros para que la reflejemos, si tenemos la gracia. La vemos obrar de esta manera en la

Iglesia primitiva de Jerusalén. La luz de Dios estaba allí, *no exigía nada*; resplandecía con claridad y poder, pero eso era todo. Pedro habló el lenguaje de esa luz cuando le dijo a Ananías: «Sin venderlo, ¿acaso no era tuyo? Y vendido, ¿no te pertenecía?» (Hec. 5:4). La luz no le había exigido nada a Ananías; simplemente brillaba a su lado o ante él, en toda su belleza, para que él caminara según su medida. Así es, en gran parte, como brilla la gloria moral del Señor Jesús, y nuestro primer deber, respecto a esa luz, es aprender por medio de ella quién *es Cristo*. No debemos empezar a medirnos a nosotros mismos con dificultad y ansiedad a la luz de su claridad, sino aprender con serenidad, con gozo y acción de gracias, a Cristo en toda la perfección moral de su humanidad. ¡Esa gloria nos ha abandonado! ¡Su imagen viva ya no existe en la tierra! Los Evangelios nos dicen cómo fue, ¡pero ya no brilla en ningún lugar de este mundo!

Aquel cuya gloria se manifestó en la tierra se ha ido junto al Padre; pero, aunque ya no esté aquí, mis amados, sigue siendo, sin embargo, lo que era. Estamos llamados a conocerlo, por así decirlo, a través del *recuerdo*, y el recuerdo no crea ficciones; solo puede hojear páginas vivas y verdaderas, y así es como conocemos a Cristo por la eternidad.

Los discípulos conocían a Cristo *personalmente*: era su persona, su presencia, era él mismo quien los atraía, y eso es precisamente lo que necesitamos en mayor medida. Podemos dedicarnos a aprender verdades sobre Jesús y progresar en ese camino; pero, con todo nuestro conocimiento y a pesar de toda la ignorancia de los discípulos, estos pueden dejarnos muy atrás en cuanto al poder de un apego verdadero y completo a la persona del Señor. Sin duda, queridos amigos, sería necesario que los afectos de nuestro corazón por Jesús superaran la medida del conocimiento que hayamos podido adquirir de él; así quedaría claro que realmente lo hemos comprendido a él mismo; y todavía hay almas sencillas en las que se manifiesta este apego por la persona de Cristo mismo; pero, en general, es así. En nuestros días, la luz que tenemos y nuestro conocimiento de la verdad superan la medida de lo que nuestro corazón siente por el Señor; y para quien tiene cierta sensibilidad verdadera, este descubrimiento resulta doloroso.

"El privilegio de nuestra fe cristiana", dijo alguien, "el secreto de su poder reside en esto: que todo lo que posee, todo lo que ofrece, está encerrado en una *persona*. Lo que constituye su fuerza, mientras que tantas otras cosas se han mostrado débiles, es que tiene a Cristo como centro; es que no tiene una circunferencia sin un centro; es que no tiene solo una salvación, sino un Salvador; no solo una redención, sino también un Redentor. Eso es lo que hace que la fe cristiana sea lo que debe ser para

los hombres peregrinos y viajeros, lo que la hace brillar como la luz del sol; todo lo demás, si se compara con ella, no es más que la luz de la luna, que puede ser clara, pero que es fría e improductiva; mientras que aquí la luz y la vida son una misma cosa". El mismo escritor añade: "¿Qué diferencia hay entre someternos a un código de normas y lanzarnos a los brazos de un corazón amoroso, entre aceptar un sistema y aferrarnos estrechamente a una persona? Nuestra felicidad –no lo perdamos de vista– es que nuestros tesoros residen en una persona que no es, para una generación, un maestro presente y un Señor vivo, y después, para todas las generaciones posteriores, un maestro del pasado y un Señor muerto, sino un maestro y Señor presente y vivo para siempre". Sin duda, estas son palabras buenas y provechosas.

2.21 - El ministerio del Señor en su relación con Dios

El ministerio del Señor, al igual que su carácter, nos presenta una combinación notable de las mismas glorias morales; y desde este punto de vista de su ministerio, podemos considerar al Salvador en su relación con *Dios*, con *Satanás* y con el *hombre*. En su relación con *Dios*, el Señor Jesús, en sí mismo y en sus caminos, presentaba siempre al hombre a Dios tal y como Dios quería que fuera. Cristo restituía la naturaleza humana como un sacrificio de paz o de buen olor, un incienso puro, una ofrenda pura de los primeros frutos procedentes del suelo humano; devolvió a Dios su beneplácito en el hombre, que el pecado o Adán le habían quitado. El arrepentimiento de Dios [1] por haber creado al hombre (Gén. 6:6), se transforma en deleite y gloria en el hombre. ¡Y esta ofrenda fue presentada a Dios en medio de todas las oposiciones, de todas las circunstancias adversas, de todos los dolores, las fatigas, las decepciones y los corazones rotos! ¡Maravilloso altar! ¡Maravilloso sacrificio! ¡Ofrenda más rica de lo que lo habría sido una eternidad de inocencia adánica! Y así como Jesús era la presentación del hombre ante Dios, también era la presentación de Dios ante el hombre.

[1] NdT. El arrepentimiento de Dios.

La Biblia dice 2 cosas que, en apariencia, son contradictorias. **1.** Jehová «el que es la Gloria de Israel no mentirá, ni se arrepentirá, porque no es hombre para que se arrepienta» (1 Sam 15:29; Núm 23:19). «Yo Jehová no cambio» (Mal 3:6). «Irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios» (Rom 11:29). El «Padre de las luces, en quien no hay variación ni sombra de cam-

bio» (Sant 1:17). Es inmutable en sus perfecciones, infalible en su sabiduría, santo en todas sus acciones: no puede tener nada de qué arrepentirse como nosotros. **2.** ¿Qué significan entonces estas expresiones: «Se arrepintió Jehová de haber hecho hombre en la tierra» (Gén 6:6)? «Jehová se arrepintió del mal que dijo que había de hacer a su pueblo» (Éx. 32:14). «Me pesa haber puesto por rey a Saúl» (1 Sam. 15:11; comp. con v. 29, etc.). La explicación es que la Escritura emplea un lenguaje humano para poner las realidades espirituales a nuestro alcance. Dios da la impresión de «arrepentirse», de cambiar de rumbo, cuando en realidad simplemente adapta la ejecución de su plan ante las reacciones cambiantes del hombre. Si el hombre abandona el mal, Dios renuncia a castigarlo; si el pecador se endurece y se niega a ceder, Jehová retira la bendición que habría querido conceder (Jer. 18:8, 10). En realidad, su carácter, su amor, su justicia y su designio final siguen siendo los mismos. Ciertas versiones de la Biblia dan: "*cambio de idea* "en vez de arrepentimiento.

A raíz de la apostasía de Adán, Dios ya no tenía su imagen aquí; pero ahora, en Cristo, tenía una imagen de sí mismo más completa y resplandeciente de lo que Adán jamás hubiera podido presentar. Cristo daba a conocer quién era Dios, no a una creación "muy buena", sino a un mundo mancillado y perdido; representaba a Dios en su gracia, diciendo: «El que me ha visto, ha visto al Padre» (Juan 14:9). Jesús manifestó a Dios. Todo lo que es de Dios, todo lo que se puede conocer de "la luz", a la que ningún hombre puede acercarse, pasó ante nuestros ojos en Jesús.

Si volvemos a examinar el ministerio de Cristo desde el punto de vista de su relación con Dios, vemos a Cristo siempre consciente de los derechos de Dios, siempre fiel a la verdad y a los principios de Dios, al tiempo que se ocupaba incansablemente cada día de aliviar las necesidades del hombre. Fuera cual fuera la naturaleza del sufrimiento humano que acudiera a él, Jesús nunca sacrificó ni abandonó por ello nada de lo que pertenecía a Dios. Al nacer, los ángeles dijeron: «¡Gloria a Dios en las alturas!», así como: «Su buena voluntad para con los hombres» (Lucas 2:14), y, en consecuencia, durante todo su ministerio, Cristo veló por la gloria de Dios con tanto celo como se dedicó con ardor al servicio de la miseria y de la bendición del pecador. El eco de estas palabras: «Gloria a Dios» y «en la tierra paz», resonaba, si se nos permite decirlo así, en cada ocasión. La historia ya mencionada de la sirofenicia es un ejemplo vivo de ello. Hasta el momento en que ella ocupó el lugar que le correspondía en relación con los designios y las dispensaciones de Dios, Jesús

no podía hacer nada por ella; a partir de entonces, pudo hacerlo todo. Estas son las glorias del ministerio de Jesús en su relación con *Dios*.

2.22 - El ministerio del Señor en su relación con Satanás

En cuanto a *Satanás*, Jesús se encontró con él por primera vez, y lo hizo en el momento oportuno, en su papel de *tentador*. Satanás intentó, en el desierto, hacer que penetrara en Jesús esa corrupción moral que había logrado implantar en Adán y en la naturaleza humana. La victoria sobre el tentador fue la introducción justa y necesaria para todas las obras y todos los actos del Señor; por eso fue el Espíritu quien lo condujo hacia Satanás, tal y como leemos en el capítulo 4 de Mateo: «Entonces Jesús fue conducido por el Espíritu al desierto, para ser tentado por el diablo». Antes de que el Hijo del hombre pudiera entrar en la casa del hombre fuerte para saquear sus bienes, era necesario que hubiera atado al hombre fuerte (Mat. 12: 29). Antes de poder condenar las obras de las tinieblas, Jesús debía demostrar que no tenía comunión con ellas (Efe. 5:11). Es necesario que se enfrente al enemigo y lo mantenga alejado de sí mismo, antes de poder entrar en su reino para destruir sus obras.

Así fue como Jesús redujo a Satanás al silencio: lo ató, y Satanás tuvo que retirarse como un tentador completamente derrotado. No había podido hacer penetrar en Jesús nada que fuera de él, y había descubierto, por el contrario, que todo lo que había allí procedía de Dios. Cristo mantuvo fuera de sí mismo todo aquello que Adán, ante una tentación similar, había dejado entrar; y el Señor Jesús, habiéndose demostrado así inmaculado, tiene un perfecto derecho *moral* para condenar lo que está mancillado.

«Piel por piel» (Job 2:4), pudo decir el acusador respecto a otro hombre, acusando y atacando así, o con otras palabras similares, la naturaleza corrupta del hombre caído; pero no tenía nada que hacer como acusador de Jesús ante el trono de Dios: quedó reducido al silencio.

Así comenzaron las relaciones de Jesús con Satanás; luego, Jesús entra en su casa y saquea sus bienes. El mundo es esa casa; y allí vemos al Señor, en su ministerio, borrando las diversas y profundas huellas del poder del enemigo. Cada sordo o ciego que es sanado, cada leproso que es purificado es un testimonio de esta obra reparadora de Jesús, que se extiende a toda la era del hombre, sea cual sea. Hacer esto equivalía a saquear los bienes del hombre fuerte en su propia casa: tras atarlo, Jesús saquea sus bienes. Al final, se encuentra de nuevo con Satanás; se enfrenta a

aquel que tiene «el imperio de la muerte» (Hebr. 2:14). El Calvario fue la hora del «poder de las tinieblas» (Lucas 22:53): allí Satanás agotó todos sus recursos y puso en práctica toda su astucia; pero fue vencido; aquel que parecía ser su cautivo resultó ser su vencedor. Mediante la muerte, Jesús dejó sin poder a aquel que tenía el imperio de la muerte; abolió el pecado mediante el sacrificio de sí mismo; la cabeza de la serpiente fue aplastada y, como se ha dicho: "fue la muerte, y no el hombre, la que quedó sin fuerza".

Jesús, pues, el Hijo de Dios, fue quien *derrotó* a Satanás, tras haberlo *atado* y haberle *despojado* de sus bienes.

Pero hay aún otra gloria moral que resplandece en el ministerio de Cristo en su relación con Satanás: *Cristo nunca permite que Satanás le dé testimonio.* El testimonio puede ser verdadero e incluso halagador, expresado con palabras buenas y hermosas como estas: «¡Te conozco! ¡Sé quién eres tú, el Santo de Dios!» (Marcos 1:24); pero Jesús no permite que Satanás hable. El ministerio del Señor era *puro* a la vez que lleno de gracia, y no quería, en ese ministerio, aceptar ayuda de aquello que había venido a destruir. Jesús no podía tener comunión con las tinieblas en su servicio, ni tampoco en su naturaleza; no podía actuar por un principio de conveniencia o de utilitarismo; por eso, en respuesta al testimonio que Satanás quiere darle, lo reprende y lo silencia [2].

[2] El ministerio de Cristo, en lo que respecta a sus relaciones con Satanás, en la medida en que los Evangelios nos lo dan a conocer, nos muestra al Señor simplemente como aquel que *aplasta* a Satanás, que lo *ata* y que lo *despoja*. El Apocalipsis nos da a conocer las relaciones posteriores de Jesús con el mismo adversario, y nos muestra a Cristo precipitando a Satanás sobre la tierra; luego, cuando llega el momento, arrojándolo al abismo, y más tarde, abandonándolo en el lago de fuego y azufre (Apoc. 12:20). Así podemos seguir la victoria del Señor Jesús sobre Satanás, desde el desierto de la tentación hasta el lago de fuego y azufre.

2.23 - El ministerio del Señor en su relación con el hombre

Por último, en sus relaciones con el *hombre*, las glorias morales del ministerio de Cristo brillan con intenso resplandor. Jesús *aliviaba* y *servía* al hombre sin descanso, y en todas las formas de su miseria, manifestándole, sin embargo, no menos

claramente su propia naturaleza, mostrándole que tenía una naturaleza caída, rebelde y apóstata. Además, ponía a prueba al hombre, y esta verdad merece tanto más nuestra atención cuanto que, en general, pasa bastante desapercibida. En su enseñanza, el Señor ponía a prueba a los hombres, independientemente de la relación en la que se encontraran con respecto a él, ya fueran discípulos o la multitud, ya acudieran a él en sus aflicciones o mostrándole benevolencia, o incluso como enemigos, resistiéndole como tales. Al caminar con los discípulos y enseñarles, Jesús les sometía sin cesar a pruebas del corazón o de la conciencia, y esto ocurre con tanta frecuencia que es necesario citar ejemplos.

Cristo actuaba de la misma manera con las multitudes que le seguían. «Oíd y entended» (Mat. 15:10), les decía, ejercitando así sus mentes mientras les enseñaba. A algunos de los que acudían a él con sus penas, les decía: «¿Creéis que puedo hacer esto?» (Mat. 9:28). La mujer siro-fenicia es un ejemplo notable de cómo el Señor Jesús ponía a prueba a este tipo de personas. Al dirigirse al bondadoso Simón (Lucas 7), tras contarle la parábola del hombre que tenía 2 deudores le pregunta: «¿Cuál de ellos ll amará más?» (v. 42).

También a los fariseos, sus incansables adversarios, los ponía constantemente a prueba; y en este hecho hay una voz que nos habla con fuerza; hay un poderoso testimonio de quién es Cristo; en ello aprendemos que no condenaba a los fariseos con un juicio sumario, sino que quería llevarlos al arrepentimiento; del mismo modo, cuando pone a prueba a sus discípulos, nos dice que solo aprendemos verdaderamente sus lecciones en la medida en que nos acercamos a él mediante alguna actividad de la inteligencia, del corazón o de la conciencia.

Esta forma de poner a prueba a quienes guiaba o enseñaba es, sin duda, otra de las glorias morales que distinguieron el ministerio de Cristo.

En su ministerio hacia el hombre, Jesús asume a menudo el papel de *censor*, y no podía ser de otra manera en medio de la familia humana tal y como la había convertido el pecado; pero su forma de censurar es verdaderamente digna de nuestra admiración. Al reprender a los fariseos, cuyo espíritu mundano se había levantado contra él, utiliza un lenguaje muy solemne: «El que no está conmigo, contra mí está» (Mat. 12:30); mientras que, al referirse a aquellos que le habían acogido y le amaban, pero que necesitaban ser fortalecidos en la fe o recibir mayor iluminación, se expresa de manera diferente y dice: «El que no está contra vosotros, por vosotros está» (Lucas 9:50).

Jesús nos está presentado con el mismo carácter en el capítulo 20 de Mateo, cuando

se trata de los 10 discípulos y los 2 hermanos. Como el Señor sabe suavizar la reprimenda que les dirige, debido al bien que hay en aquellos a quienes se vio obligado a reprender. En esto se diferencia de sus discípulos indignados, que no habrían querido que se perdonara a sus hermanos en absoluto: examina pacientemente toda la cuestión y separa lo que es valioso de lo que es vil.

De nuevo, es como censor que el Señor se dirige a Juan, quien había prohibido a alguien que no quería andar con los discípulos, que expulsara demonios en nombre de Jesús. Pero, en ese momento, el corazón de Juan acababa de someterse a la disciplina: a la luz de las palabras de Jesús, Juan había descubierto el error que había cometido, y alude a ese error, aunque el Señor no lo hubiera mencionado en absoluto. Pero siendo así, y dado que Juan ya era consciente de su falta y la confesaba abiertamente, el Señor le responde con la mayor dulzura (vean Lucas 9:46-50).

Lo mismo ocurre con Juan el Bautista: el Señor le reprende, al tiempo que le rinde un hermoso testimonio. Juan el Bautista se encontraba entonces en prisión; ¡qué significado debía tener este hecho para Jesús en ese momento! Sin embargo, Juan merecía ser reprendido por haber enviado a su Señor un mensaje que le ofendía. La reprimenda de Jesús es de una delicadeza infinita: responde a Juan con unas palabras que solo él podía apreciar: «Bienaventurado aquel que no encuentra tropiezo en mí» (Mat. 11:6). Ni siquiera los discípulos de Juan, que habían sido los instrumentos de sus comunicaciones con el Señor, podían comprender el alcance de estas palabras. Jesús quería revelar a Juan a su propio corazón, pero no a sus discípulos ni al mundo.

El reproche que Jesús dirige a los discípulos de Emaús y el que le hace a Tomás tras la resurrección tienen cada una su propia excelencia. A Pedro le reprende tanto en el capítulo 16 como en el 17 de Mateo; sin embargo, hay una gran diferencia en la forma en que se formula la reprimenda en cada una de las ocasiones.

Toda esta variedad está llena de belleza moral; y podemos afirmar con certeza que, tanto si Jesús se expresa con autoridad como con dulzura, con vivacidad o con delicadeza; tanto si la reprimenda que sale de sus labios se suaviza hasta el punto de apenas ser una reprimenda, o bien que se vuelva enérgica hasta el punto de parecer que rechaza o desaprueba; sin embargo, si sopesamos las circunstancias que provocan las palabras de Jesús, descubrimos que todos estos matices son otras tantas perfecciones. Todas las reprimendas del Señor son «como zarcillo de oro y joyel de oro fino», estén o no colgadas de orejas atentas (Prov. 25:12): «Que el justo me castigue, será un favor, y que me reprenda será un excelente bálsamo que no me herirá la cabeza» (Sal. 141:5). El Señor hizo que sus discípulos lo experimentaran.

3 - Conclusión

3.1 - Ahora el Hijo del hombre está glorificado y Dios está glorificado en él

Si Dios está glorificado en él, Dios también lo glorificará (Juan 13:32)

Acabo de repasar algunos de los rasgos de la gloria moral del Señor Jesucristo. Él presentaba al hombre ante Dios, al hombre tal y como debe ser, y Dios descansaba en él.

Esta perfección moral del hombre Jesucristo y su aceptación ante Dios se simbolizan en la ofrenda de pan, ese pan de harina fina, cocido en la plancha o en la sartén, con su aceite y su incienso (Lev. 2).

Mientras el Señor Jesús estuvo en la tierra, y se manifestó así ante Dios como hombre, el agrado que Dios encontraba en él se expresaba continuamente. Jesús crecía ante Dios en la naturaleza humana y en la manifestación de todas las virtudes humanas. No necesitaba, en ningún momento, recomendarse sino de mostrarse tal como era. En su persona y en sus caminos, el hombre era moralmente glorificado, de modo que, cuando su carrera en esta tierra se cumplió, pudo ir "de inmediato" a Dios, como antaño la gavilla de las primicias se recogía directa e inmediatamente del campo tal como era, sin tener que someterse a ningún proceso preparatorio para ser presentada ante Dios y ser aceptada por él.

El derecho de Jesús a la gloria era un derecho *moral*. Tenía el derecho moral a ser glorificado; su derecho residía en él mismo. En el capítulo 13 de Juan, esta preciosa verdad se pone de manifiesto en su verdadero contexto: «Ahora está glorificado el hijo del hombre» (v. 31), dijo el Señor, en el momento en que Judas acababa de levantarse de la mesa; pues esa acción de Judas era el claro presagio de la que los judíos iban a cometer contra Jesús, al igual que esta última era el claro presagio de su muerte a manos de los gentiles. La cruz era la plenitud y la perfección de la forma completa de la gloria moral en él; por eso fue entonces cuando pronunció estas palabras: «Ahora está glorificado el hijo del hombre» y a continuación: «Y Dios está glorificado en él».

Dios era entonces glorificado tan perfectamente como Hijo del hombre, aunque se trataba de una gloria diferente. El Hijo del hombre fue glorificado al completar esa forma perfecta de belleza moral que había resplandecido en él durante toda su

vida. Ningún rayo de esa gloria debía faltar en ese momento, del mismo modo que, desde el principio hasta esa hora, nada que fuera indigno de ella se había mezclado jamás con ella; y había llegado la hora en la que el Hijo del hombre debía hacer resplandecer el rayo que completaría el resplandor de su gloria. También Dios era glorificado, porque todo lo que procedía de él se mantenía o se manifestaba: sus derechos se mantenían; su bondad se manifestaba; la gracia y la verdad, la justicia y la paz, todas ellas, y por igual, se mantenían o se satisfacían. La verdad de Dios, su santidad, su amor, su majestad, en una palabra, toda su gloria, se manifestaba y magnificaba de una manera y bajo una luz que superaban todo lo que se había podido conocer de ella en cualquier otro lugar. La cruz, como alguien ha dicho, es la maravilla moral del universo.

Pero el Señor añade aún: «Si Dios está glorificado en él, también Dios lo glorificará en sí mismo, y enseguida lo glorificará». Jesús reconoce aquí su propio derecho a la gloria personal: ya había completado toda la forma de la gloria *moral* durante su vida y en su muerte; también había reivindicado y mantenido la gloria de Dios, como hemos visto; por lo tanto, no era más que justo que entrara ahora en *su propia gloria personal*; y eso es lo que hizo cuando ocupó su lugar en el cielo a la diestra de la majestad, junto a Dios mismo, y todo ello de inmediato o «enseguida».

La obra de Dios, como Creador, se había mancillado rápidamente en manos del hombre. El hombre se había corrompido, de modo que está escrito que «el Señor se arrepintió de haber creado al hombre» (Gén. 6:6). ¡Qué cambio en el pensamiento de Dios desde el día!, en que «vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera» (Gén. 1:31). Pero en el Señor Jesús, Dios ha vuelto a encontrar su agrado en el hombre. ¡Qué bendición! Una bendición que se hace aún más dulce por el arrepentimiento que la precedió. Era más que el gozo inicial; era la recuperación de la felicidad tras la pérdida y la decepción, y la recuperación de una felicidad mayor que la primera y por un camino más excelente que el primero. Así como el primer hombre, a raíz de su pecado, había sido puesto *fuera* de la creación, si se me permite expresarlo así, el segundo hombre (siendo, como también lo era, el Señor del cielo), tras haber glorificado a Dios, fue colocado *a la cabeza* de la creación, a la diestra de la majestad en las alturas. Jesús está en el cielo como un hombre glorificado, porque en la tierra Dios fue glorificado en él, el hombre obediente en la vida y en la muerte. Jesús, como sabemos, está en el cielo bajo otras características aún: está allí como un Vencedor; como aquel que espera; como el Sumo Sacerdote en el Tabernáculo que Dios ha erigido; como nuestro Precursor y el Purificador de nuestros pecados. Pero también está allí glorificado en los lugares muy altos,

porque, en él, Dios fue glorificado en la tierra.

La vida y la gloria pertenecían al Señor Jesús en virtud de un derecho personal y por un título moral. Nos gusta detener nuestro pensamiento en una verdad así y volver a ella sin cesar. Jesús jamás sufrió la pérdida del Edén. Sin duda, caminó durante toda su vida fuera del Edén, entre las zarzas y las espinas, los dolores y las privaciones de un mundo perdido; pero lo hizo por gracia; se colocó en esa condición, pero no estaba sometido a ella. No se encontraba, como Adán y como todos nosotros, separado del árbol de la vida y del paraíso por los querubines y la espada llameante. En la historia del Señor, vemos que los ángeles, en lugar de retener a Jesús fuera del jardín, lejos de la entrada, acuden a él después de que hubiera pasado por la tentación y le sirven; pues él estaba allí donde Adán fue seducido y cayó. Por consiguiente, aunque era un hombre, verdadera y realmente un hombre, era "el hombre perfecto".

Dios fue glorificado en él cuando, en todo lo demás, había sido deshonrado y defraudado.

En cierto sentido, esta perfección del Hijo del hombre, esta perfección moral, es toda para nosotros; da valor a la sangre que expía nuestros pecados; es como la nube de incienso, que se llevaba ante la presencia de Dios junto con la sangre en el día de la expiación (Lev. 16).

Pero, en otro sentido, esta perfección es demasiado grande para nosotros; es tan elevada que no podemos alcanzarla. Abruma el sentimiento moral si la contemplamos recordando lo que *nosotros mismos* somos; al mismo tiempo que nos llena de admiración, cuando la consideramos como algo que nos revela quién es *Él*. Cuando, en épocas pasadas, se manifestó la gloria judicial de Dios, resultaba abrumadora: los más privilegiados de ser hijos de los hombres, como Isaías, Ezequiel o Daniel, no podían permanecer ante ella; Pedro y Juan vivieron la misma experiencia; y esta gloria moral, que se nos manifiesta de la misma manera, resulta igualmente abrumadora.

Pero la fe está tranquila ante ella. El dios de este mundo ciega el corazón, para que no comprenda esta gloria ni disfrute de ella, mientras que la fe la acoge con gozo.

Tal es la historia de la gloria en la tierra, entre los hombres. Incluso en su presencia, los fariseos y los saduceos piden juntos una señal del cielo; la madre y los hermanos del Señor la desconocen, ella por orgullo, ellos por mundanidad (Juan 2:7); incluso los propios discípulos son reprendidos constantemente por ella. El aceite, que daba esa luz, era demasiado puro para quienquiera que fuera; pero ardía continuamente

en el santuario, «ante Jehová». En la sinagoga de Nazaret (Lucas 4) aprendemos cuán poco preparado está el hombre para ella: todos reconocían las palabras llenas de gracia que salían de los labios del Señor; sentían su poder; pero pronto se interpuso una poderosa oleada de corrupción natural, que se opuso a ese movimiento en los corazones y triunfó sobre él. El humilde testigo de Dios, en medio de un mundo orgulloso y rebelde, se manifiesta, y ellos no lo quieren. El «hijo de José» podrá decir palabras buenas y consoladoras, pero no lo acogerán: ¡es el hijo de un carpintero. ¡Qué testimonio tan impactante de la profunda perversidad de nuestros corazones! El hombre tiene sus cualidades amables, tiene sus gustos, sus virtudes, sus sensibilidades, como nos enseña esta escena de Nazaret; las palabras llenas de gracia de Jesús suscitan, por un instante, una corriente de buenos pensamientos; pero ¿qué valía esa corriente y qué fue de ella cuando Dios la puso a prueba? ¡Ah, amigos míos!, a pesar de nuestra amabilidad, a pesar de la consideración de la que estamos rodeados, a pesar de nuestros gustos refinados y nuestros buenos sentimientos, siempre podemos decir: «Porque sé que en mí (es decir, en mi carne) no habita el bien» (Rom. 7:18).

Pero lo repito: la fe se siente a gusto junto a Jesús. ¿Podemos –me pregunto– sospechar de Jesús o temerle? ¿Podemos dudar de él? ¿Podría ser que nos hubiéramos mantenido alejados de aquel que estaba sentado junto al pozo con la mujer de Sicar? ¿Acaso ella misma se mantenía a distancia? Deberíamos buscar la intimidad con Jesús. Los discípulos que estaban con él siempre tienen que aprender las mismas lecciones, y nosotros mismos sabemos algo de eso. Cada vez tenían que descubrir de nuevo quién era Cristo, en lugar de disfrutar de él tal y como ya habían aprendido a conocerlo. En el capítulo 14 de Mateo, se ven obligados a exclamar: «Verdaderamente tú eres el Hijo de Dios» (v. 33), descubriendo así de nuevo quién era Jesús. Si su fe hubiera sido sencilla, habrían dormido con él en la barca (Marcos 4). ¡Qué escena –para su vergüenza y para su gloria! Habían hablado al Señor en tono de reproche, como si a él le fuera indiferente el peligro que corrían. «Maestro», le habían dicho, «¿no te importa que perezcamos?» (v. 38). Jesús se despierta al oír sus voces y, de inmediato, los pone a salvo; pero luego los reprende, no por la injusticia de sus duras palabras, sino por su falta de fe.

¡Qué perfección hay en todo esto! Sin duda, todo es perfecto y todo está en su lugar: las virtudes humanas, fruto de la unción que Jesús había recibido, ¡y sus glorias divinas! En esta Persona, las 2 naturalezas no se confunden –pero el resplandor de la naturaleza divina se atenúa, y se realza lo que hay de común u ordinario en la naturaleza humana. Nada hay de semejante, no podía haber nada semejante en toda

la creación. Sin embargo, lo que era humano en Jesús era verdaderamente humano, y lo que era divino era verdaderamente divino: Jesús duerme en la barca –era hombre; calma los vientos y las olas– era Dios.

Esta gloria moral debe resplandecer, y otras glorias deben desvanecerse, hasta que esto se cumpla. Los griegos que habían venido a Jerusalén para adorar durante la fiesta preguntan por Jesús y desean verlo; esto era un anticipo del reino, o de la gloria real del Mesías; una representación a pequeña escala del día en que las naciones acudirán a la ciudad de los judíos para celebrar la fiesta, y en el que Jesús, como Rey en Sion, será Señor de todo y Dios de toda la tierra.

3.2 - La manifestación de la gloria moral debe preceder al reino

Ha llegado la hora de que el Hijo del hombre sea glorificado (Juan 12:23)

Pero había un misterio más profundo que este, y para comprenderlo se necesita un conocimiento más preciso de los caminos de Dios que la simple espera de un reino. Los fariseos no tenían ese conocimiento cuando le preguntaron al Señor, en el capítulo 17 de Lucas, cuándo vendría el reino. Jesús tuvo que hablarles de otro reino, que ellos no esperaban, «*el reino de Dios no advierte su llegada*» (v. 20) –un reino *en medio de ellos*, un reino presente, que se conocería y al que se entraría antes de que pudiera aparecer el glorioso reino *manifestado*. También los discípulos necesitaban ese conocimiento cuando, en el capítulo 1 de Hechos, le preguntaron a Jesús si era en aquel momento cuando restablecería el reino para Israel; y el Señor tuvo que hablarles también de lo que ocurriría antes de que ese restablecimiento pudiera llevarse a cabo, anunciándoles que recibirían poder, el Espíritu Santo, para ser testigos suyos en todo el mundo.

Lo mismo ocurre en el capítulo 12 de Juan: el Señor nos enseña que la manifestación de la *gloria moral* debe preceder al reino. Pronto llegará el momento en que Jesús aparecerá en la gloria del trono, y entonces los gentiles subirán a Sion y verán al Rey en su belleza; pero antes de que eso pueda suceder, es necesario que la gloria moral se manifieste en toda su plenitud y pureza. Este pensamiento ocupaba la mente de Jesús cuando los gentiles le pidieron que se les mostrara: «Ahora está glorificado el Hijo del hombre». Se trata aquí de su gloria moral, como ya hemos dicho al referirnos a Juan 13:31-32. Esa gloria había resplandecido desde su nacimiento hasta ese momento en todos los caminos del Señor, y su muerte era lo que debía completarla; por eso se acercaba la hora en que resplandecería con el último

rayo que debía hacer perfecta su manifestación. El Señor comunica o presenta así, tal y como hace en el capítulo 17 de Lucas y en el capítulo 1 de los Hechos, la verdad –esa verdad adicional– cuya comprensión requería un conocimiento más preciso y profundo de los caminos de Dios: es necesario que la gloria moral se manifieste por completo antes de que el Mesías pueda mostrarse en la gloria real hasta los confines de la tierra.

¡Sin embargo, esta gloria le pertenece a él y solo a él! ¡Nuestro corazón lo siente bien! Cuando se abrieron los cielos en el capítulo 10 de los Hechos, el lienzo descendió del cielo antes de que Pedro recibiera la orden de acercarse a ella y entrar en comunión con ella, o antes de que volviera a ascender y se perdiera de nuevo en las alturas: lo que contenía el mantel no debía ser purificado o santificado. Y cuando se abrieron los cielos, en el capítulo 3 de Mateo, Jesús, que estaba en la tierra, no necesitaba ser elevado al cielo para ser aprobado allí; pero voces y visiones de lo alto lo sellaron y le dieron testimonio tal y como era: «Este es mi amado Hijo, en quien tengo complacencia» (Mat. 3:17).

Y cuando los cielos se abrieron una vez más (Mat. 27:51), cuando el velo del templo se rasgó en 2 de arriba hasta abajo, todo se había cumplido, no quedaba nada por hacer: la obra de Jesús quedó sellada y reconocida tal y como era en ese momento. Un cielo abierto al principio dio testimonio de la plena aceptación de la *persona* de Cristo; un cielo abierto al final dio testimonio de la plena aceptación de su *obra*.

3.3 - Meditación sobre las glorias de Cristo y el culto práctico

Con esto concluyo esta meditación, señalando cuán precioso y dulce es para nosotros –y algo que, al mismo tiempo, forma parte de nuestra adoración– destacar estos rasgos del camino y del ministerio de Jesús en la tierra, tal y como he tratado de hacer en este escrito; pues todo lo que Jesús hizo, todo lo que dijo, todo su servicio, ya sea en su esencia o en su forma, todo da testimonio de lo que es Jesús, y él es para nosotros el testigo de lo que es Dios. Así es como llegamos hasta Dios, el Dios bendito, siguiendo los caminos del Señor Jesús en las páginas de los Evangelios. Cada paso en esos caminos cobra valor para nosotros. Todo lo que Jesús hizo y dijo fue una expresión verdadera y fiel de sí mismo, al igual que él mismo era una expresión verdadera y fiel de Dios. Si somos capaces de comprender el carácter de su ministerio; si sabemos discernir la gloria moral que se asocia a cada momento y a cada detalle de la vida y del ministerio del Señor en la tierra, aprendiendo quién es él y, por tanto, quién es Dios, llegamos hasta Dios con un conocimiento verdadero

y perfecto de él, a través de los caminos cotidianos y las actividades de la vida de este divino Hijo del hombre.